

Izquierda Teoría y praxis

#7
Abril 2024

**¿Gobiernos populares,
progresistas,
de izquierdas o
populistas?**

PRIMERA PARTE

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Pablo Rieznik
Pablo Pozzi
Rodolfo Gómez
Lucas Rubinich
Marcelo Langieri
Isabel Rauber

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Izquierdas y luchas
sociales en América
Latina**



PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL

Izquierda : teoría y praxis no. 7 : ¿gobiernos populares, progresistas, de izquierdas o populistas? / Pablo Rieznik ... [et al.] ; Coordinación general de Isabel Rauber ; Marcelo Langieri ; Ana Sofía Jemio. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-782-7

1. Populismo. 2. Marxismo. 3. Fascismo. I. Rieznik, Pablo II. Rauber, Isabel, coord. III. Langieri, Marcelo, coord. IV. Jemio, Ana Sofía, coord.

CDD 306.2

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,

Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina. Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Coordinadoras/es del Grupo de Trabajo

Pablo Pozzi

Secretaría de Investigación y Posgrado,
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires
Argentina

pozzipabloa@gmail.com

Mauricio Archila

Fundación Centro de Investigación y
Educación Popular
Colombia

marchila@cinep.org.co

Viviana Bravo Vargas

Departamento de Investigación y Postgrados
Universidad Academia de Humanismo
Cristiano

Chile

vivianabravo@gmail.com

Coordinadores del Boletín #7

Isabel Rauber

irauberphd@gmail.com

Marcelo Langieri

marcelo.langieri@gmail.com

Ana Sofía Jemio

ajemio@untref.edu.ar

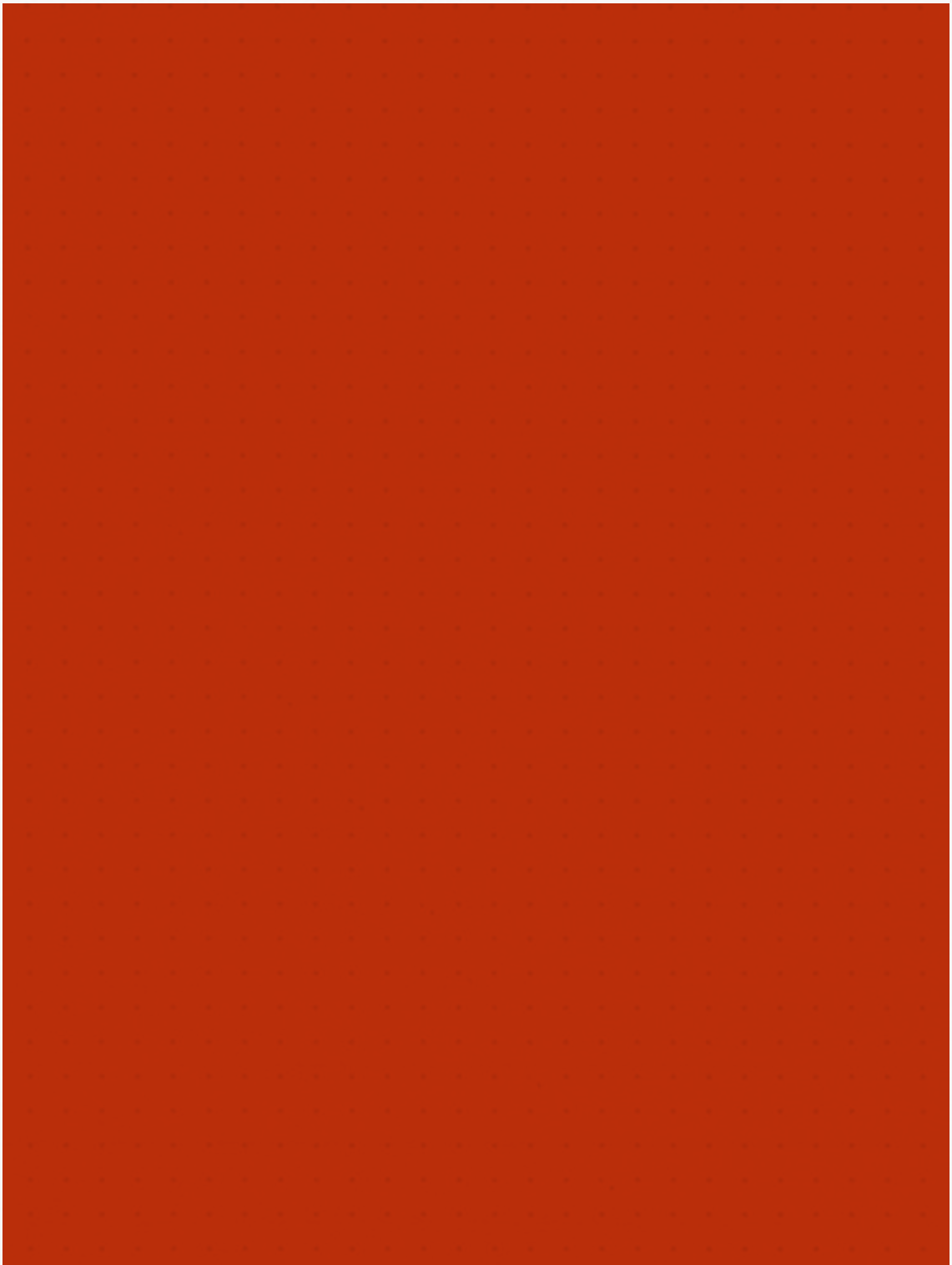




Contenido

- | | | |
|-----------|--|--|
| 5 | Prefacio | |
| 7 | Populismo y marxismo | |
| | Pablo Rieznik † | |
| 23 | ¿Qué es el populismo? | |
| | Pablo Pozzi | |
| 40 | Populismos y fascismos, neopopulismos y neofascismos | |
| | Apuntes para un análisis histórico-crítico de las mutaciones de estas “formas” políticas del capitalismo | |
| | Rodolfo Gómez | |
| 58 | A propósito del Populismo | |
| | Lucas Rubinich | |
| | Marcelo Langieri | |
| 68 | Las izquierdas, el progresismo y el populismo, ¿forjadores de una coyuntura insospechada? | |
| | Controversias entre pensamientos, realidades y prácticas | |
| | Isabel Rauber | |







Prefacio

Este boletín surge como consecuencia de una serie de intercambios ocurridos en las reuniones virtuales del Grupo de Trabajo en torno al quehacer de los gobiernos populares, progresistas, de izquierdas o populistas actuales o recientes del continente.

Algunas de las preguntas que atravesaron aquellos intercambios y que animaron la construcción de este boletín fueron: ¿Puede definirse como populistas a los actuales gobiernos populares, progresistas nacionalistas o de izquierdas del continente? ¿Cuáles serían los elementos, factores, características o proyecciones estratégicas que fundamentan una definición u otra? ¿Cuáles serían las diferencias y similitudes entre las características de las políticas de tales gobiernos? ¿Son de izquierda los actuales gobiernos tachados de populistas? ¿Son los llamados movimientos populistas de América Latina complementarios o enemigos de los partidos tradicionales de izquierda? ¿O, más bien, constituyen un nuevo tipo de izquierda, autóctona, original y anclada en las realidades del subcontinente, frente a aquellas ideologías surgidas en la Europa del siglo XIX? ¿Cómo identificar/definir a la izquierda hoy en América Latina?

En aquellos intercambios se entrelazaron, por un lado, intentos de caracterizar estas experiencias en sus alcances, limitaciones y perspectivas con el objetivo de identificar problemáticas y desafíos para el pensar-hacer de las izquierdas del continente, particularmente aquellas que son o han sido partícipes, en mayor o menor medida, de las experiencias analizadas, más aun teniendo en cuenta el retorno de las viejas o nuevas derechas a algunos gobiernos de la región movidos por la revanchismo, el

empleo de medios renovados de sumisión de los pueblos, la humillación colectiva y el saqueo de los recursos naturales.

Por otro lado, se retornaron discusiones sobre categorías esencialmente conflictivas, que han sido debatidas por largas décadas desde distintas tradiciones teóricas y que son imprescindibles para cualquier análisis sociohistórico: populismo, progresismo, izquierda e, incluso, fascismo.

Reflejo de ello es este boletín, estructurado en dos tomos. El primero, recoge una serie de debates teóricos, conceptuales e históricos en torno a la noción misma de populismo y cierra con un artículo que construye una problematización histórica de esta temática para América Latina. Abre paso, así, al segundo tomo que está dedicado a la caracterización sociohistórica de diferentes procesos nacionales, centrándose en los gobiernos de Evo Morales en Bolivia, Hugo Chávez en Venezuela, el proyecto de la Revolución Ciudadana en Ecuador y las transformaciones actuales en el sistema político cubano. El artículo de cierre plantea los desafíos regionales que trae el tiempo histórico actual.

Compartimos este boletín con la esperanza de contribuir al análisis crítico y la comprensión de los fenómenos históricos y los desafíos actuales que enfrenta nuestro continente. Con ello, esperamos sumar herramientas que estimulen y aporten a pensar una necesaria actualización de las estrategias y tal vez, de los horizontes de lucha de las izquierdas, de modo tal que su accionar robustezca las luchas populares encaminadas a derrotar las múltiples formas de dominación actuales y con ellas todas las formas de dominación, allanando el camino hacia la renovación, profundización, transformación de las democracias en este continente.



Populismo y marxismo¹

Pablo Rieznik † *

El objeto de este artículo es examinar un texto, “Para una Teoría del Populismo”, que forma parte del libro de Ernesto Laclau, “Política e Ideología en la Teoría Marxista – Capitalismo, Fascismo, Populismo”, que fue publicado originariamente algunos años atrás. Más recientes, en cambio, son sus traducciones al español y al portugués, las que han tenido una calurosa acogida en medios académicos latinoamericanos identificados con la intelectualidad progresista. Su atractivo, en este caso, se explica por la pretenciosa tentativa del autor de abrir nuevos campos para el pensamiento marxista, para romper con el supuesto “eurocentrismo provinciano de la Segunda y Tercera Internacional”, que estaría marcado por un desvío teórico -que Laclau denomina “reduccionismo de clase”. A esto atribuye el autor la incapacidad del “marxismo”, para comprender fenómenos tan decisivos como el fascismo y el populismo.

Hablamos de atractivo para la “inteligencia” latinoamericana de izquierda porque ésta, en su absoluta mayoría, cultiva con particular entusiasmo todo tipo de eclecticismo que aparezca como innovador, superando lo que sería el carácter arcaico del marxismo clásico y que, en casi todas las circunstancias, es apenas una regresión teórica monumental. El mecanismo teórico de esta regresión no es nuevo: puesto que el stalinismo surgió del seno del partido de Lenin, es en las raíces mismas del

* † (1949-2015). Economista, profesor universitario e investigador argentino. Fue un destacado militante y dirigente del Partido Obrero.

¹ Artículo publicado originalmente en la revista Internacionalismo. Revista de la Tendencia Cuartainternacionalista, Año II, Nº 4, enero-abril 1982, pp. 64-68, bajo el pseudónimo Aníbal Romero.

bolchevismo y, por lo tanto del marxismo, que se busca la fuente primitiva de la barbarie posterior cometida en su nombre. La constatación formal suprime la dialéctica más simple, a saber, que el stalinismo es la negación del bolchevismo y no su continuidad, que su política interna y externa no es el resultado de un determinado planteo teórico, sino que expresa, bajo la forma de un empirismo brutal, los intereses de una casta particular emergente del atraso y del aislamiento de la Rusia soviética y que -como todo lo que brilla no es oro— no basta autotitularse marxista para ser considerado como tal. La apreciación es pertinente, pues el propio Laclau procede a la crítica de las concepciones del stalinismo, o de ciertos teóricos de izquierda, sobre el nacionalismo y el fascismo, como si estuviera sometiendo al análisis al “marxismo”, convertido en una verdadera bolsa de gatos. Stalin y Trotsky, por ejemplo, serían variantes -derecha e izquierda- del propio marxismo.

El libro en cuestión incluye cuatro textos independientes, escritos en circunstancias diversas. Tres de ellos constituyen una polémica con otros autores sobre la cuestión de los modos de producción en América Latina y sobre el fascismo; el cuarto plantea de una manera más orgánica la concepción de Laclau sobre la cuestión del populismo (“Para una Teoría del Populismo”). La obra de Laclau permite verificar que, lo que se presenta como novedad no es más que, en un lenguaje oscuro y esotérico, una reedición disfrazada de viejos planteos nacionalistas, que tanto contribuyeron -y contribuyen- a afirmar el dominio de la política burguesa sobre el movimiento de la clase obrera.

El populismo según el autor

De acuerdo a Laclau pocos conceptos como el de populismo “han sido tan ampliamente usados en el análisis político contemporáneo, aunque menos todavía hayan sido definidos con menor precisión (...) a la obscuridad del concepto se agrega la indeterminación del fenómeno al que se refiere. ¿Será el populismo un tipo de movimiento o un tipo de ideología?

¿Cuáles sus fronteras?”. De ahí que el objetivo central del texto sea “el de plantear propuestas que puedan contribuir para la superación de esta imprecisión” (págs. 149 y 150).

¿En qué consiste, entonces, el populismo para Laclau? En las reivindicaciones no clasistas integradas en el discurso o programa de determinado movimiento político de oposición al régimen existente. En la definición más sofisticada del autor: “El elemento estrictamente populista no reside en el movimiento como tal, ni en su discurso ideológico característico -que, como tales tendrán siempre una pertenencia de clase- y sí en una contradicción no clasista específica articulada a este discurso” (pág. 171). La prueba de que estas reivindicaciones no clasistas tendrían una existencia real se manifiesta – según el autor— en las propias referencias de los marxistas a cosas tales como la “lucha secular del pueblo contra la opresión”, las “tradiciones populares de lucha”, la clase obrera como “realizadora de tareas populares incompletas”, etc. (pág. 173). (Nótese en esta última referencia, de pasada, la pequeña trampa: el autor modifica una de las tesis clásicas de la teoría de la revolución permanente de Trotsky, el proletariado como ejecutor de tareas burguesas no cumplidas por la burguesía, sustituyendo burguesas por populares, para atribuirles así, un carácter “no clasista”; ya volveremos sobre esta cuestión). Por lo tanto, Laclau concluye en que no toda reivindicación o elemento ideológico tiene un “carácter de clase”, y en que en el no reconocimiento de esto consiste justamente el “reduccionismo de clase” de la II y III Internacional. El razonamiento del autor se completa del siguiente modo: si la burguesía consigue integrar las reivindicaciones “populares”, que no tienen ninguna determinación clasista, a su propio discurso, tendremos el populismo burgués; si es el proletariado el que lo logra alcanzaremos la variante de “populismo socialista”, su expresión más elevada y radical. “En el socialismo, por consiguiente, coinciden la forma más elevada de ‘populismo’ y la solución del último y más radical de los conflictos clasistas.” (pág. 202).

Debe llamarse la atención para la afirmación de que, en el socialismo, populismo y clasismo “coinciden”. Esto es lo que Laclau presenta como

lo esencial de su aporte teórico: el socialismo es la “fusión” de populismo y clasismo y, en la misma medida, ya no es ni una cosa ni la otra, por eso se define como “socialismo populista”. La innovación consistiría en cuestionar que el socialismo sea la negación del populismo burgués, es decir, que sea la realización de los objetivos históricos del proletariado -dictadura de clase, abolición de la propiedad privada, desintegración progresiva del Estado, república mundial de los Soviets (todo esto sería reduccionismo clasista).

El razonamiento, en realidad, es tautológico ya que lo que el autor predica está implícito en su postulado. El socialismo no es la negación del populismo —según Laclau-, porque él mismo ya le retiró a éste su carácter específico, o sea, burgués. El autor parte de un postulado falso, que los objetivos y reivindicaciones democrático-populares tienen un carácter neutro, “no clasista”, y, en este caso, su conclusión es apenas coherente con la falsedad de su punto de partida. En verdad, el carácter burgués de los objetivos democráticos y populares está determinado por el hecho de que la consecuencia de su resolución integral corresponde al desarrollo de la sociedad burguesa: es la igualdad formal de los ciudadanos y la desigualdad real de las clases, el trabajador libre y no la liberación del trabajo asalariado, la libertad de los propietarios y no la liberación de la propiedad privada. El reino de lo popular-democrático, el reino del populismo es la sociedad burguesa, no precisa de aditamentos para ser calificado de burgués y no es casualidad que la generalización del término —populismo— se haya desarrollado precisamente para designar al democratismo o al nacionalismo de contenido burgués. El planteo de Laclau coincide, exactamente con el populismo ruso, al que Lenin combatió, porque negaba, justamente, el carácter burgués de la revolución.

Laclau -también- eliminó el carácter específicamente clasista del populismo (burgués) y el elemento puramente clasista del socialismo (obrero). En esto, el autor es plenamente “populista” porque la función básica del populismo es la de confundir ambas cosas, eliminar las fronteras entre lo burgués y lo proletario, diluirlas en conceptos ahistóricos sobre

lo popular y lo democrático, velar el carácter burgués de las tareas democráticas y populares, para mejor diluir al proletariado en la burguesía, durante la lucha común contra el feudalismo y/o el imperialismo. En esta fusión de clasismo y populismo, Laclau procede a un rescate político del nacionalismo burgués, al que presenta como antesala del socialismo; el socialismo sería la continuidad del nacionalismo, populismo radicalizado: “la ideología popular tornóse cada vez más antiliberal -afirma Laclau en relación a la Argentina de principios de la década pasada- y, en los sectores más radicalizados, pasó a fundirse con el socialismo, ‘socialismo nacional’ fue la fórmula acuñada en el transcurso del proceso” (pág. 196). Esto es falso en dos sentidos. Primero, la fórmula de “socialismo nacional” no fue acuñada por los sectores populares más “radicalizados” sino por Perón, y fue históricamente planteada inclusive por la derecha fascistoide peronista. Segundo, cuando la izquierda peronista enarboló esta bandera y levantó la consigna de “patria socialista”, esto no significaba ninguna fusión con el socialismo. Al revés, el socialismo nacional fue la cobertura de su sometimiento al populismo, al nacionalismo burgués. Con el disfraz de “socialista”, la izquierda peronista se integró a un gobierno enteramente burgués, de colaboración con el conjunto de partidos patronales gorilas y las Fuerzas Armadas -y, por esta vía, con el imperialismo. (Nótese que Laclau presenta elogiosamente a la tendencia antiliberal, olvidando el pequeño detalle de que era una tendencia corporativista, antidemocrática, de sometimiento policial y legal de las organizaciones obreras. De “democratista” Laclau culmina en antidemocrático. Es que “olvida” que el demócrata o nacionalista burgués es absolutamente inconsecuente en sus planteos “no clasistas”, ya que le interesa la lucha contra la reacción sólo en la medida en que le permite su explotación del proletariado).

El planteo de Laclau, desencarnado del teoricismo abrumador de su texto es el de la Juventud Peronista: con Perón al socialismo. Su confusión política es idéntica: “el avance en la dirección del socialismo sólo puede consistir en una amplia serie de luchas, a través de las cuales el socialismo afirma su identidad popular y el pueblo sus objetivos socialistas”

(pág. 202). Todo aquí se encuentra invertido: lo específico del socialismo, que debe afirmarse como su “identidad” es su carácter de clase obrera (y no popular) puesto que materializa los objetivos históricos del proletariado, que son internacionales (y no nacionales); el pueblo, a su turno, es una abstracción que designa al conjunto de clases de la Nación que no ha completado su revolución democrática o nacional -trabajadores, campesinos, pequeña burguesía, burguesía- siendo que las tareas popular-democráticas no superan el cuadro burgués (y no son, por lo tanto, socialistas). Laclau le da contenido “socialista” al pueblo y a las reivindicaciones democrático-populares, mistificando el carácter de clase de éstas; ésta es la esencia de su planteo.

No clasismo y lógica de clase

El planteamiento sobre la existencia de reivindicaciones, tradiciones, o elementos ideológicos “no clasistas”, carece de todo rigor. Los elementos ideológicos que no tienen una pertenencia clasista, históricamente determinada, no existen. En este punto conviene distinguir la apariencia de la esencia del problema en cuestión. Ninguna reivindicación o ideología, en cualquier sociedad que consideremos, aparece como clasista directamente. En el desarrollo de la historia humana, cada nueva clase que tomaba el poder era obligada -aunque sólo fuera para alcanzar su objetivo- a re-presentar sus intereses como los intereses comunes de toda la sociedad o, para expresar lo mismo en el campo de las ideas, era obligada a dar a sus pensamientos la forma de universalidad, de representarlos como siendo los únicos razonables, los únicos válidos de manera universal. Esta explicación, que es de Marx (“La ideología alemana”) es mucho más simple que el alambicado juego de conceptos de Laclau e indica como éste último invirtió los términos del problema. Lo que corresponde -en el análisis científico de la realidad social- es descubrir el fondo, la esencia clasista de la ideología o reivindicaciones que esconden su filiación clasista: Laclau, en cambio, procede al revés y pretende mostrar la ausencia de contenido de clase de las reivindicaciones que la historia ya

ha probado como clasista. Postulando que estas reivindicaciones estarían externamente “fusionadas” a “discursos” de clase antagónicas populismo burgués o populismo socialista. Esta tentativa termina en una pura especulación ideológica en el sentido más estricto del término, es decir, en una construcción artificial de la realidad.

Es absolutamente trivial la verificación de que la clase obrera puede incorporar reivindicaciones históricamente propias de otras clases explotadas, pero que pueden contribuir a acelerar y clarificar la lucha por sus propios objetivos históricos. Esto, sin embargo, no significa que tales reivindicaciones o aspiraciones -“tradiciones populares de una lucha secular”- tengan un valor “no clasista”, lo que equivale a situarlas en el limbo y no en la historia real. Es exactamente lo que hace Laclau cuando considera a la democracia como una reivindicación que carece de connotación clasista, como si no hubiera surgido en un momento preciso y en correspondencia con el ascenso histórico de una nueva clase social: la burguesía. ¿Qué significa definir una reivindicación como no clasista, sino decir que no corresponde a ninguna forma concreta de sociedad, situarla fuera del tiempo y del espacio? Laclau parece confundirse por el hecho de que la democracia fue planteada por el conjunto de clases que se levantaron contra la vieja sociedad feudal. Esto, sin embargo, no le da un carácter universal ni le otorga el atributo de “no clasista”.

Al revés, en todo caso se trata de ver cuál es el interés del proletariado en luchar por la democracia política y es por esto mismo que la actitud de cada clase y capa social en la lucha por la democracia ha diferido enormemente. En la Francia revolucionaria, desde la monarquía constitucional a Robespierre, todo el mundo luchó, desde 1789, con la bandera de la democracia. Este hecho no prueba que su contenido de clase fuera arbitrario (la convención decretó el carácter sagrado de la propiedad privada) sino que cada camada de la sociedad quería sacar un provecho diferente de la victoria (Laclau termina en esto, precisamente, en confundir la categoría de universalidad, que siempre es concreta, con la arbitrariedad). Pero no sólo esto: al mismo tiempo, la escasa diferenciación social y la

consecuente precaria delimitación política entre las clases, impedía a los proletarios o futuros proletarios superar el horizonte ideológico y político de la democracia y del republicanismo burgués. Por eso, el movimiento obrero explica Marx, todavía inmaduro en 1830 y 1848, pretendía satisfacer sus aspiraciones dándole un carácter “social” a la República burguesa, es decir; ¡dándole un carácter proletario al populismo! Qué lejos, hacia atrás, se ubican las ideas de Laclau -en el proletariado clase en sí.

En este punto Laclau, se une a las infinitas vertientes burguesas y pequeño burguesas que reivindican el “valor universal” de la democracia (puede verse un desarrollo de este tema en “El debate sobre la democracia en Brasil”, Revista Internacionalismo” nro. 3) y, en especial el eurocomunismo (pretendiendo encontrar las raíces del stalinismo en el marxismo, los intelectuales académicos terminan del brazo de Togliatti, uno de los orquestadores de los “procesos de Moscú”).

Ahora bien, como Laclau se pretende materialista, busca el fundamento de aquellas reivindicaciones que define como “no clasistas” en lo que llama la contradicción “pueblo-bloque de poder”, que es, afirma, la contradicción dominante a nivel de cualquier formación social. De este modo, a la confusión sobre el “no clasismo” agrega una concepción particular sobre la historia.

Si la contradicción “pueblo-bloque de poder” es una contradicción dominante en todas las formaciones sociales su naturaleza ficticia, ilusoria, está clara, pues todos los antagonismos del “pueblo” con el “poder” se resolvieron, en el pasado, recomponiendo esa contradicción.

Es sólo cuando esa contradicción asume el carácter de un enfrentamiento burguesía proletariado que puede ser resuelta. Laclau, plantea, por lo tanto, una contradicción indeterminada, que, en el mejor de los casos, lleva a apoyar siempre a los oprimidos contra los opresores y a sacrificarlos ante la nueva opresión. Lo relevante es la forma particular, social, que adquiere esa contradicción, pero aquí Laclau procede a un nuevo

malabarismo teórico. Reconoce que la “lucha de clases asume prioridad sobre la lucha popular democrática” (pág. 172), pero de una manera puramente formal, porque las clases “constituyen una contradicción dominante al nivel del modo de producción” y se definen como “polos de relaciones de producción antagónicas que, como tales, no tienen ninguna forma de existencia necesaria en los niveles ideológico y político” (pág. 166). Nuevamente tenemos aquí la lógica totalmente invertida. Primero: “al nivel de las relaciones de producción” no existe lucha de clases propiamente dicha, la expresión cabal y acabada de la lucha de clases se da en el plano político, en la formación social en su conjunto, en relación a un problema central: el Estado. La lucha de clases “a nivel de las relaciones de producción”, bajo el capitalismo, es sindicalismo y no lucha de clases en el sentido pleno del término. Segundo: la constitución de las clases para desarrollar su real antagonismo tiene -al contrario de lo que afirma Laclau- una forma de existencia necesaria: el Estado para la burguesía, la organización política propia, partidaria, para el proletariado, porque sólo a través de la misma se constituye realmente como clase para sí, como afirmaba Marx. El marxismo no es reduccionista (esto porque afirma que el hombre hace la historia), pero sí es determinista (ya que la hace en determinadas condiciones que no eligió). Es así que los objetivos históricos de la clase obrera sólo pueden materializarse si ésta adquiere su propia independencia política y se organiza en torno a una estrategia propia. Este es el sentido de su evolución “necesaria”: es lo que planteaba Marx cuando —en una célebre carta a Weydemeyer- señalaba que no le cabía el descubrimiento de las clases y de su lucha, sino que la consecuencia de su desarrollo, de acuerdo a las leyes del desarrollo social, era la dictadura del proletariado. En las palabras del propio Marx: que “la existencia de las clases se vincula a determinadas fases históricas del desarrollo de la producción (y que) la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado (como) transición para la abolición de todas las clases y para una sociedad sin clases” (subrayado nuestro).

Laclau, como se ve, no critica el “reduccionismo” sino el determinismo, la base del pensamiento científico. Para Laclau las formas ideológicas y

políticas son indeterminadas, es decir, no corresponden a una sustancia (las condiciones económicas de la producción y las clases que de ellas se derivan). Esas formas sólo pueden ser “interpretadas” en sí mismas por lo que ellas postulan de sí mismas, son iguales a su propio “discurso”. La elaboración concluye, así, en una estación terminal inevitable: el idealismo. La conciencia determinaría el ser social, y no al revés. El marxismo no sería la “forma necesaria” del proletariado con conciencia de clase. El “discurso” socialista sería, en definitiva, una forma elevada de populismo, de realización de valores universales, de la “idea”.

Desde el punto de vista político, la teoría pueblo-poder no es nueva, fue formulada por el anarquismo, incapaz de desentrañar el carácter de clase del enfrentamiento entre explotadores y explotados en cada circunstancia histórica e incapaz de entender el problema clave del Estado, como el producto, no de una idea incompleta del mundo, sino de los antagonismos de clase en cierto momento de su desarrollo, que sólo puede abolirse con la supresión de ese antagonismo. Desde el punto de vista político, la tesis de que la oposición entre pueblo y bloque de poder es la determinante en la lucha política es también parte de la charlatanería demagógica de todas las variantes del nacionalismo no marxista y antimarxista: según la tal concepción toda tentativa de introducir la lucha de clases en el seno del “pueblo” y disputar su dirección a la burguesía ayudaría al “bloque de poder”. La originalidad, en todo caso- consiste apenas en repetir con los modismos de las universidades inglesas, banalidades que con vocabulario mucho más simple y accesible los voceros del nacionalismo latinoamericano repiten desde hace 50 años atrás, por lo menos. Medio siglo en el cual los líderes nacionalistas de todo tipo llevaron a la frustración y la derrota al movimiento de masas, siempre atrincheros detrás de los mismos argumentos que Laclau ahora reproduce que el marxismo es “eurocéntrico”, el bolchevismo peca de reduccionismo de clase, etc. Las traiciones históricas del stalinismo, que se alió a las oligarquías nativas y al imperialismo yanqui contra los movimientos nacionalistas fueron siempre utilizadas por los voceros del nacionalismo como una prueba del fracaso del marxismo en la comprensión de “lo nacional”,

y esto debido al “reduccionismo clasista”. Pero se oculta escrupulosamente que históricamente, fue más frecuente el apoyo incondicional del stalinismo al nacionalismo de contenido burgués y que este mismo terminó mostrando su carácter antinacional. Esta identificación ridícula entre stalinismo y marxismo es también retomada por Laclau. Sin embargo, va todavía más lejos en una nueva dirección, procurando justificar ahora una original fusión-integración del marxismo, no sólo con el nacionalismo de las naciones oprimidas sino también con el nacionalismo imperialista más descompuesto: el Fascismo.

Socialismo y Fascismo, ¿pueden fundirse?

A pesar de una dialéctica verbal extremadamente opaca, el razonamiento de Laclau es cristalinamente mecánico: el populismo consiste en una serie de símbolos, mensajes, tradiciones y reivindicaciones neutros en sí mismos, pero que hacen a la tradición del “pueblo”. La “competencia” entre el fascismo y el nacionalismo, de un lado, y el socialismo, del otro, consiste en ver quien integra primero el “paquete” populista a su discurso: el que lo consiguió... ganó el combate. Ahora bien, en la medida en que la clase obrera siga el curso propuesto, la integración de los supuestos elementos “no clasistas” a su propio discurso o programa, se configuraría una variante intermedia -entre la revolución proletaria y el capitalismo. Por esta vía, como ya señalamos, Laclau empalma con toda charlatanería sobre la tercera opción entre el socialismo y la sociedad capitalista. Con un agravante: como Laclau no distingue entre el nacionalismo opresor de los países imperialistas y el nacionalismo oprimido de los pueblos subyugados por los primeros, culmina una ultrarreaccionaria teoría sobre la fusión socialismo-fascismo.

Esto aparece claramente cuando Laclau critica los planteos de Trotsky para Alemania, de 1931. Trotsky decía entonces: “El fascista Strasser dice que el 95 por ciento del pueblo está interesado en la revolución, consecuentemente no se trata de una revolución de clase, sino de una

revolución popular, Thalman (PC) le hace coro. En realidad, el obrero comunista debería decir al obrero fascista: claro, el 95 por ciento de la población, cuando no el 98 por ciento, son explotados por el capital financiero. Pero esta explotación está organizada jerárquicamente: existen explotadores, existen sub-explotadores, sub-subexplotadores, etc. Solamente gracias a esta jerarquía los superexplotadores consiguen mantener sometida a la mayoría de la nación. A fin de que la nación pueda reconstruirse en torno de un nuevo núcleo de clase, tendrá que ser reconstruida ideológicamente y esto sólo podrá ser realizado si el proletariado no se disuelve en el pueblo, o en la ‘nación,’ sino al contrario, desarrolla un programa de su revolución proletaria y presiona a la pequeña burguesía a optar entre los dos regímenes” (“Contra el Nacional Comunismo: lecciones del plebiscito rojo”). ¿Qué es lo que cuestiona nuestro autor? El “reduccionismo” sectario: “la revolución proletaria es el único objetivo que la clase obrera puede proponer a las clases medias” (pág. 136, ambas citas). ¿Cuál sería la alternativa? “la alianza entre la clase obrera y las clases medias (que) exigía la fusión ideológica del nacionalismo, el socialismo y la democracia” (pág. 137). Nótese bien: la “fusión” entre el nacionalismo imperialista reaccionario alemán y el socialismo. Pero si el socialismo se “fusionaba” con el nacionalismo en Alemania: ¿qué debían hacer los socialistas franceses, checos y polacos?, ¿fusionarse con su propio nacionalismo antialemán? El resultado de todo esto es la guerra imperialista. El nacionalismo alemán no es defensivo y antiimperialista sino belicista y colonial, pero esta distinción elemental no fue tomada en cuenta por Laclau.

No es cierto, por otra parte, que Trotsky propusiese la revolución proletaria en abstracto, es decir, doctrinariamente. Trotsky propuso el frente único PC-PS en defensa de las libertades y la democracia obrera contra el totalitarismo nazi. ¿No es ésta una reivindicación democrática esencial? ¿Un frente de combate PC-PS no hubiera volcado a las “clases medias” al campo de la revolución? Laclau “fusiona” literariamente lo que en la realidad alemana era incompatible: nacionalismo y democracia. En verdad, el agresivo nacionalismo alemán era la destrucción entera de

las conquistas nacionales de la lucha de los explotados en el curso de la historia de la formación de la nación alemana, de sus organizaciones obreras y democráticas históricas y de todo su acervo cultural. El nazismo expresaba la disolución nacional provocada por el imperialismo y por esto la nación sólo podía reconstituirse en torno a un nuevo eje o núcleo de clase. En este sentido y sólo en este, la cuestión nacional tenía un aspecto progresivo, es decir, en tanto no se confundiera con el estado burgués alemán y planteara su destrucción. El proletariado integra, así, no reivindicaciones “no clasistas” sino las conquistas logradas por la humanidad en su desarrollo. Por esto Trotsky habla de “reconstruir a la nación” (Laclau no toma nota de esto) sobre un nuevo eje, el de la revolución proletaria. Laclau se niega a distinguir el carácter absolutamente antagónico, de clase, entre la defensa de las democracias ya arrancadas por el proletariado alemán a su burguesía en el curso de un siglo y la bandera del reaccionario nacionalismo alemán hitleriano.

La ausencia de un criterio de clase lo pierde a la hora de ver el distinto carácter de consignas igualmente burguesas en el plano formal (nacionalismo, democracia), pero donde el contenido de una es el imperialismo y el de la otra la defensa obrera contra el imperialismo. Su oposición al “reduccionismo clasista” es contrarrevolucionaria en el sentido lato de la palabra: la dialéctica real de la lucha de clases es sustituida por una fusión mecánica de peras y manzanas y su resultado es un engendro teórico reaccionario.

La síntesis “populista” entre el nacionalismo y el socialismo, propuesta por Laclau, fue justamente la que intentó Thaelman y el PC alemán: actuaron en frente único con los nazis para quebrar a la socialdemocracia y contribuyeron a la victoria del totalitarismo hitleriano, abandonaron la bandera “reduccionista” de la revolución proletaria y pasaron a defender una tercera alternativa de “revolución popular”, mimetizándose a los nazis, borrando toda frontera con ellos. Esto es lo que Trotsky critica, a continuación de la cita que Laclau reproduce parcialmente: “La consigna de revolución popular adormece tanto a la pequeña burguesía como

a las amplias masas obreras, las concilia con la estructura jerárquica del ‘pueblo’, retarda su liberación. En las actuales condiciones de Alemania, la consigna de revolución ‘popular’ anula las fronteras ideológicas entre el marxismo y el fascismo, concilia parte de los obreros y de la pequeña burguesía con la ideología del fascismo, permitiéndoles creer que no hay necesidad de elegir, una vez que, tanto en uno como en otro caso, se trata de la revolución popular”. La anulación de las fronteras ideológicas entre el fascismo y el marxismo es la tarea que justamente ahora retoma Laclau y su significación práctica se revela en que él mismo se declara admirador de Togliatti, a quien considera un precursor del “socialismo populista”. El stalinista italiano propuso justamente el frente único con el fascismo en 1937 y es el precursor de la teoría de la “fusión” entre el socialismo y el clericalismo, que el PCI terminó planteando acabadamente con su estrategia del “compromiso histórico” con la Democracia Cristiana. ¿Cuál ha sido la función del “socialismo” togliattiano sino la de desarmar -literalmente- al proletariado italiano en la posguerra y la de asegurar durante 40 años el monopolio del poder por parte de la corrupta DC?

El “socialismo populista” se presenta así, ya no en la teoría sino en la realidad, no como “fusión de socialismo y populismo” sino como subordinación completa del primero a las formas más bastardas del segundo.

La revisión filosófica

Al explicar los principios de su metodología de análisis de la realidad social, Laclau realiza una incursión en el campo epistemológico. Esto se comprende perfectamente porque lo que Laclau ha hecho es abandonar el materialismo por el idealismo, es decir, no se ha limitado a una revisión “política” del marxismo. Afirma entonces que “convendría llamar la atención para el hecho de que la práctica teórica se desarrolla exclusivamente en el plano del pensamiento (...) una teoría sólo es falsa en la medida en que sea internamente inconsistente, es decir, si en el proceso de construcción de sus conceptos, entra en contradicción con sus postulados

(...) la resolución empírica del problema consiste, estrictamente hablando, en la negación de su existencia en el plano teórico” (págs. 66 y 67).

El idealismo de este “marxista” es cristalino. El problema teórico que no es susceptible de verificación empírica, práctica, no existe como tal, puesto que “la cuestión de saber si el pensamiento humano corresponde a una verdad objetiva no es una cuestión teórica, sino práctica. Es en la práctica que el hombre debe demostrar la verdad, o sea, la realidad y la fuerza, el carácter terreno de su pensamiento. La polémica en torno a la realidad o irrealidad de un pensamiento aislado de la práctica es un problema puramente escolástico” (Marx, “Tesis sobre Feuerbach”).

Laclau rechaza la “resolución empírica” de sus elaboraciones teóricas, precisamente porque en la práctica el nacionalismo burgués, el populismo, el anarquismo y el eurocomonismo han fracasado miserablemente. Esto es, se mostraron no como el camino a un supuesto socialismo populista, sino como una subordinación a la burguesía oprimida u opresora, no como una vía para la emancipación del proletariado y las masas explotadas, sino como el terreno propio de sus derrotas y frustración.

De acuerdo con el autor, su propia construcción teórica sólo sería falsa si “en el proceso de construcción de sus conceptos, entra en contradicción con sus postulados” (Laclau “interpreta” el mundo, lo “postula”, cuando se trata de transformarlo). Pero el problema es, precisamente los postulados, que deben ser una abstracción legítima, científica, de la realidad, capaces de soportar, en las conclusiones, la “prueba de la práctica”. Son los postulados de Laclau, su definición equivocada del “no clasismo” y del “reduccionismo clasista”, la confusión de sus axiomas arbitrarios sobre lo “popular” del socialismo y lo “socialista” del pueblo, lo que torna absolutamente inconsistente su propio discurso teórico. Laclau considera que la verdad de una proposición teórica sería su carácter no contradictorio, cuando lo propio de un “discurso marxista” es el desenvolvimiento (movimiento y correlación) de las contradicciones objetivas. Las categorías

del conocimiento deben corresponder al modo de existencia de las contradicciones de la realidad.

La “práctica teórica” es una muletilla con la cual numerosos intelectuales pueden encontrar una auto justificación de su vida, pero no pasa de un mero juego de palabras. La “práctica teórica” que acabamos de analizar no es otra cosa que un intento de revitalizar una doctrina nacionalista con modismos y clisés “marxistas”.



¿Qué es el populismo?

Pablo Pozzi*

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, con el surgimiento del capitalismo monopólico, el imaginario político se ha visto marcado por una visión dicotómica de lucha entre los poderosos y la gente común. La imagen de parásitos como el banquero expropiando al granjero, o del industrial explotando al obrero, o la del político venal que traiciona a sus votantes, se ve siempre contrapuesta a la de la persona trabajadora, al productor, que es el verdadero sustento de la Nación. Esta visión, con fuertes vínculos al radicalismo republicano artesanal y a pensadores como Thomas Paine, subyace todo el ideario populista. Este es un ideario cuyos voceros pretenden expresar el sentir de la vasta mayoría de la población (o sea “el pueblo”), sin distinción de clases sociales. En este sentido, y como expresó el historiador Michael Kazin, el populismo es un “persistente y mutable estilo de retórica política” (Kazin, 5). La base de esta política es que “la virtud reside en la gente común, que son la vasta mayoría, y en sus tradiciones colectivas”. En este sentido, “el populismo es más un impulso que una ideología” (Kazin 2, 3).

Si bien siempre hubo “populismos”, entendidos como movimientos no clasistas que apuntaban a expresar “al pueblo”, históricamente se pueden delimitar tres momentos diferentes en su constitución. El primero se corresponde al surgimiento del capitalismo monopolista y las grandes luchas sociales de fines del siglo XIX. Este momento fue el que dio surgimiento al término, y se centró en Europa y Estados Unidos, con fuertes

* PhD en Historia (SUNY at Stony Brook, 1989). Co-coordinador del Grupo de Trabajo de CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina (2023-2025).

contenidos tradicionalistas y rurales. El segundo período fue a partir de la crisis mundial de 1929 y duró hasta el surgimiento del estado de bienestar social. Este es el más conocido y discutido, abarcó principalmente a América Latina, y ha sido considerado como progresista o como un nacionalismo de izquierda. El tercero, y más complejo de todos, emerge en la etapa de la economía neoliberal, e incluye un ala reformista vinculada a la “Marea Rosa” latinoamericana, y una de ultraderecha que abarca el surgimiento de liderazgos como Trump, Bolsonaro, y Le Pen.

Su origen se encuentra en tres movimientos políticos cuyo planteo era la devolución del poder al ciudadano común, por lo que debían ir “hacia el pueblo” constituyendo la contracara del “elitismo” y planteando el pluralismo como sistema político. Así, el término populismo deriva de tres fenómenos históricos que surgieron en la segunda mitad del siglo XIX: el *People’s Party* norteamericano, los *Narodniki* rusos, y el *boulangisme* del General francés George Boulanger.

El Partido del Pueblo, también conocido como Partido Populista o simplemente Populistas, fue un partido político agrario norteamericano que surgió a principios de la década de 1890 en reacción al surgimiento de los grandes monopolios. Sus propuestas reflejaban los intereses del agrarismo político junto con algunas demandas caras al movimiento obrero. Esto implicó que, para algunos analistas, este fue un movimiento progresista (radical). mientras que para otros era expresión de una reacción. Así, el influyente historiador Richard Hofstadter (1960, 1992) consideró al populismo como un producto irracional de granjeros en crisis por la rápida modernización de la sociedad. Por su parte, Charles Beard (1962) los presentó como parte del radicalismo republicano, heredero de las tradiciones de la Independencia y de los artesanos *painitas*.

A diferencia de los anteriores, los *Narodniki*, o populistas rusos, fueron un movimiento de la intelectualidad rusa en las décadas de 1860 y 1870, algunos de los cuales se involucraron en la agitación revolucionaria contra el zarismo. Los Narodniks no fueron un movimiento de masas, a

diferencia del *People's Party*. Su ideología era una forma de socialismo agrario y un retorno a las tradiciones previas a Pedro el Grande. Los populistas fueron en muchos sentidos los antepasados intelectuales y políticos y, en algunos casos notables, participantes directos de la Revolución Rusa, en particular del Partido Socialista Revolucionario.

El caso francés fue el más efímero de los tres. El populismo del General Georges Boulanger presentó un programa muy sencillo aunando elementos de un cesarismo autoritario con conservadurismo social, mejoras para la clase obrera, fin de la corrupción, rearme del ejército. Este representaba a lo que se denominaba “la Francia profunda”, asociada a granjeros y habitantes de ciudades de provincia. Esto significó que tuvo una gran diversidad ideológica que fue una de las claves del éxito del boulangismo ya que le permitió conseguir adhesiones en amplios sectores de la sociedad francesa, desde granjeros y los comerciantes más adinerados hasta las clases proletarias, pasando por clérigos, intelectuales, y militares.

Los tres movimientos compartieron una visión común donde la sociedad agraria tradicional era aquella donde residían los valores de la nacionalidad que estaban siendo destruidos por la modernización capitalista, que generaba corrupción y una tergiversación de la democracia y las tradiciones populares. Así el “retorno” al pueblo implicaba retomar la senda patriótica de la nacionalidad. Como tal los tres movimientos, más que dirigirse “al pueblo”, se sentían como expresión e intérpretes de este.

Hacia principios del siglo XX, este populismo original había casi desaparecido como fuerza política, quizás porque la crisis generada por el capitalismo monopolista pasó a canalizarse a través de diversos movimientos de izquierda, ya fueran marxistas o anarquistas, que organizaron asociaciones de aparceros y arrendatarios y sindicatos de trabajadores. Al mismo tiempo, la crítica tanto del liberalismo como del marxismo marcó a estos movimientos populistas como reaccionarios y sin futuro. Por ejemplo, tanto las críticas del liberal Frederick Jackson Turner (1896)

y del marxista Vladimir Lenin (1894) fueron muy influyentes en las interpretaciones posteriores sobre el populismo. Y si bien surgieron algunos líderes populistas en las décadas siguientes, recién se expresó como un movimiento de masas a partir de mediados/fines de la década de 1930. Es ahí cuando surgió toda una redefinición del tema, a partir de la emergencia de una serie de movimientos reformistas en América Latina, que generó una oleada de nuevos estudios sobre populismo al igual que una redefinición donde lentamente dejó de considerarse un fenómeno reaccionario para otorgarle características progresistas.

En realidad, esta revisión del tema lo establecieron académicos norteamericanos en la década de 1950, cuando utilizaron esta categoría/expresión para tratar de comprender la oleada de gobiernos surgidos en América Latina a partir de la década de 1930. Así englobaron en el “populismo latinoamericano” desde el *Estado Novo* de Getulio Vargas, pasando el gobierno de Lázaro Cárdenas, hasta el gobierno de Juan Domingo Perón, y más tarde la Operación Manos a la Obra del puertorriqueño Luis Muñoz Marín. Como estos análisis mezclaban gobiernos con nuevos movimientos políticos y dirigentes carismáticos, la categoría también se aplicó a líderes como Víctor Raúl Haya de la Torre y el APRA y al colombiano Jorge Eliecer Gaitán y su sector del Partido Liberal.

El fenómeno político latinoamericano distaba mucho de los movimientos populistas originales, sobre todo porque tenían una fuerte impronta modernizadora nacionalista, lejana al conservadurismo tradicionalista y campesino de los populistas franceses, norteamericanos o rusos. En realidad, la academia norteamericana ponía el énfasis en la relación entre el líder y las masas populares, dejando de lado cuestiones como contenidos sociales o propuestas programáticas. Esto les permitió englobar bajo el mismo rótulo a Lázaro Cárdenas, con sus fuertes tintes izquierdistas, a Getulio Vargas cuyo *Estado Novo* tuvo puntos de contacto con el fascismo italiano, y a Muñoz Marín cercano al liberalismo del Partido Demócrata norteamericano.

Sin embargo, si bien el populismo decimonónico, era entendido como un tradicionalismo reaccionario, el populismo latinoamericano, por su impronta modernizadora vinculada al Estado de Bienestar social y su extensión del sufragio, fue ubicado como un fenómeno progresista o izquierdista, aunque no marxista. Esta percepción partía de considerar “al pueblo” (o sea a las masas de ciudadanos) como receptáculos de valores progresistas, en contraposición a la visión clasista del marxismo o a la del ciudadano educado del liberalismo.

Aún el día de hoy seguimos discutiendo qué fue el populismo, sobre todo por el surgimiento de los gobiernos así llamados “Marea Rosa” en América Latina, y también de una cantidad importante de caudillos políticos de ultraderecha en el primer mundo como Jair Bolsonaro, Silvio Berlusconi, Donald Trump, Viktor Orban, o Marine Le Pen. Esta discusión se ha visto fuertemente marcada por los ejemplos latinoamericanos del segundo período populista, y todo el debate entre los diversos autores, ya sean norteamericanos, europeos o latinoamericanos, tiene como referencia subyacente las hipótesis y planteos que se remontan a la década de 1950.

El problema de explicar al populismo estriba en la gran complejidad del fenómeno a describir, tal y como debería quedar en claro de la variedad de dirigentes expresada más arriba. El populismo latinoamericano surgió como producto de las transformaciones sociales y económicas, y por ende políticas, ideológicas y culturales, de la década de 1930. Asimismo, fue producto de la crisis del modelo de país de las Repúblicas Conservadoras. Por último, se desarrolló en una coyuntura nacional e internacional muy particular, cuyos puntos salientes fueron: la Segunda Guerra Mundial, con la derrota del fascismo; el surgimiento de Estados Unidos y la URSS como potencias mundiales; el avance de la izquierda tanto en el mundo como en América Latina; el crecimiento del movimiento obrero en números, organización y combatividad; el crecimiento numérico del sector de pequeños y medianos empresarios de capitales nacionales; el auge de tendencias nacionalistas en las Fuerzas Armadas y su consecuente “politización”.

Por último, y antes de entrar a ver algunas de las definiciones de populismo, apuntemos las características más evidentes que tuvieron estos movimientos. En estos movimientos latinoamericanos confluyeron las más variadas tendencias políticas: nacionalistas de derecha e izquierda, conservadores, comunistas y socialistas, y sindicalistas revolucionarios. En cuanto a sectores sociales se destacaron por abarcar fundamentalmente a dos: burguesía media y pequeña, y los asalariados del campo y la ciudad; particularmente los obreros industriales. Esto sin ignorar que hubo algunos sectores medios, particularmente los ligados al Estado, y otros oligárquicos que los apoyaron, pero no fue su característica distintiva. Su política económica fue redistributiva hacia abajo, favoreciendo netamente a los principales sectores sociales que lo apoyaban; asimismo, desarrolló una política industrialista basada en el dinamismo del mercado interno; todo sin atacar de fondo las bases de sustentación de la clase dominante. En cuanto a la organización del Estado y la sociedad tuvieron un proyecto de neto corte corporativo, tratando de reemplazar la lucha de clases por la conciliación de clases. En el ámbito político combinó una ampliación de la participación electoral con una represión hacia la oposición, particularmente a la izquierda, dentro de los marcos “legales”. En el ámbito sindical desarrolló la organización como apéndice del Estado, recortando la autonomía obrera y reprimiendo cualquier tendencia crítica por tibia que fuera.

Por lo tanto, y si tomamos en cuenta la flexibilidad y ambigüedad implícita en todo lo anterior, vemos la dificultad en definir al populismo. Inicialmente las dos principales posiciones fueron la que lo consideraba un movimiento nacional anclado en la historia y las tradiciones latinoamericanas en contraposición a la que lo veían como una versión subdesarrollada del fascismo europeo.

En el primer caso, esta postura fue sustentada tanto por los populistas como por aquellos que simpatizaban con éstos y se sintetizaba en una visión de la continuidad histórica latinoamericana entre el pasado colonial, el de la independencia y el actual, todo visto en contraposición a lo

que se entendían como intereses foráneos. Su visión era que el populismo era el “movimiento nacional” por excelencia y la identidad política del pueblo. Así rechazaba una sociedad dividida en clases, y la reemplazaba por la contradicción “pueblo-oligarquía”. Dentro de la categoría “oligarquía” entraban no sólo los terratenientes, sino también los sectores medios (“antipopulares”) y la izquierda (“extranjerizante”). Estos no sólo eran responsables por el desarrollo deformado y dependiente del país, sino que “no entendían” a América Latina por estar deslumbrados por modelos europeos. Por ende, un sector importante de los populistas se reivindicaron indigenistas, y entendían que lo nacional era “el pueblo” que se definía como sinónimo de pobre, oprimido y postergado, al margen de los sectores sociales o los individuos que lo conformasen. En esto incluyendo lo que denominaron “burguesía nacional” entendida como contradictoria al imperialismo, entendido esto último como una injerencia extranjera en los asuntos nacionales y no como la visión de liberales como Hobson o marxistas como Lenin o Plejanov que la entendían como una fase del capitalismo y por ende una relación social. De ahí que “pueblo” fuera más una categoría político-ideológica que social.

La contrapartida de la postura anterior fue la asimilación del populismo al fascismo. Esta se basaba en dos cosas. Primero en una lectura superficial del fenómeno populista, que hacía eje en las características personales del caudillo. Así se veía como un tipo de fascismo latinoamericano la admiración de Vargas y Perón por Mussolini, la tendencia corporativista, el ataque al liberalismo y al marxismo, la alianza entre militares, pequeña burguesía y sectores obreros, junto con las características represivas. Todo esto a pesar de que Cárdenas estaba claramente identificado con la izquierda antifascista. De hecho, se ignoraba, al mismo tiempo toda una serie de otras diferencias entre fascismo y populismo. Por ejemplo, el redistribucionismo hacia abajo y el respeto de las formas democráticas. Por lo general se confundía al hombre (Vargas, Perón o Haya de la Torre) con el movimiento que lideraba, sin ver que no necesariamente eran lo mismo, aunque existía una relación dialéctica entre ambos. Segundo, se hacía una traslación mecánica de la lucha contra el fascismo a nivel

mundial al caso latinoamericano. Fueron en general los socialistas y los comunistas los que plantearon esta visión en 1930 (en Brasil) o en 1946 (en Argentina), si bien en el caso de México el PCM trabajó con Cárdenas como opción progresista.

Estas dos visiones han sido casi descartadas por los historiadores el día de hoy, y la discusión se centra fundamentalmente en torno a tres categorías. En general se acepta que no fueron gobiernos obreros ni revolucionarios; que tuvieron un carácter policlasista; que el papel del líder fue clave en mantener la unidad de un movimiento heterogéneo; y que el sector social dirigente fue la burguesía industrial.

Las principales características del “populismo” latinoamericano fueron definidas por Octavio Ianni (1973). El sociólogo brasileño planteó que:

- 1) las experiencias populistas de los países de América Latina surgieron en configuraciones estructurales comunes y correspondieron a configuraciones históricas similares. (85)
- 2) ocurrieron durante la época en que se conforma definitivamente la sociedad de clases.
- 3) las manifestaciones más notables de populismo aparecieron en la fase crítica de la lucha política de aquellas clases sociales surgidas en los medios urbanos y en los centros urbanos contra las oligarquías y las formas arcaicas del imperialismo.
- 4) el populismo es un movimiento de masas que aparece en el centro de las rupturas estructurales que acompañan a las crisis del sistema capitalista mundial y las correspondientes crisis de las oligarquías latinoamericanas.
- 5) corresponde a una etapa determinada en la evolución de las contradicciones entre la sociedad nacional y la economía dependiente (85).

- 6) corresponde a la etapa final del proceso de disociación entre los trabajadores y los medios de producción (86).
- 7) populismo de las altas esferas: élites burguesas y clase media que utilizan tacticamente a las masas trabajadoras y a los sectores más pobres de la clase media.
- 8) en situaciones normales, parece existir una armonía total entre el populismo de masas y el de la élite burguesa. Pero, en los momentos críticos, cuando las contradicciones políticas y económicas se agudizan, el populismo de las masas tiende a asumir formas propiamente revolucionarias. (88)
- 9) no es una ruptura con el pasado político de la clase obrera: etapa que corresponde al lapso en que los precursores de la urbanización, la industrialización y el crecimiento del sector terciario transformaron de un modo profundo la composición interna de la sociedad.
- 10) la burguesía industrial asume el liderazgo ostentoso de las luchas reivindicativas y reformistas de las masas obreras y de amplios sectores de los estratos medios.
- 11) la clase obrera fue conducida mucho más a luchas contra los enemigos de su enemigo: una lucha principal para la burguesía industrial, interesada en el mercado interno, contra la oligarquía y el imperialismo. En consecuencia, cuando la burguesía se vuelve contra él, el proletariado no está preparado para reaccionar políticamente.

Al planteo de Ianni se le debería sumar la discusión en torno a la naturaleza del populismo. Ahí se presentan tres interpretaciones distintas. La primera, desarrollada por los sociólogos argentinos Gino Germani (1980) y Torcuato Di Tella (1983), plantea que el populismo es un fenómeno social que denominaron el de “*Masas disponibles*”. Basados en el análisis de las transformaciones de la década de 1930 (clase obrera nueva, “masas disponibles”, “atrasadas”), Germani y Di Tella entendieron al

“populismo” como producto de una etapa transicional de desarrollo: el paso de una sociedad tradicional a una moderna. Sin un pasado “clasis-ta” y acostumbrados al caudillo rural, Germani planteó que los nuevos migrantes urbanos eran “masas disponibles” para los caudillos autoritarios populistas. Di Tella va a modificar esto levemente, años más tarde (1960s) agregando a populismo la categoría “bonapartismo más espontaneísmo obrero”.

Este último concepto, o sea el de *Bonapartismo o cesarismo*, implica que el líder populista se constituye en un caudillo bonapartista ante una situación en la cual la clase dominante no puede mantener el poder y la clase dominada no puede tomarlo. En este sentido el líder logra forjar una alternativa para salvar el sistema aún con oposición de la clase dominante. Así, sin representar a la clase obrera asume algunas de sus reivindicaciones, los integra al sistema y recompone la dominación eliminando un posible peligro revolucionario. Para Milcíades Peña (Polit, 1964), el populismo (y particularmente el peronismo) fue un tipo de bonapartismo profundamente conservador ubicado y condicionado por la tendencia hacia el capitalismo monopólico de estado [“los obreros eran el factor decisivo en esta historia, pero la historia pasaba por sus cabezas” (Peña, 1986 302, 299)]. Para Mónica Peralta Ramos (1978) era una alianza de clases en el poder que estaba fraccionada (pequeña y mediana burguesía industrial más obreros) que se constituyó vía un “cesarismo” (en un momento de “crisis orgánica” gramsciana) para lograr una nueva etapa de acumulación de capital en base a la anterior. Para Horacio Pereyra (1988) no fue una alianza directa, sino que lo hicieron a través del estado y de la relación líder-masa. Para Pereyra, lo clave es el estado y la clase obrera, de ahí que cuando falla el control social el populismo debe cercenar libertades, al no ser capaz de crear otras instancias de mediación.

La tercera interpretación, quizás la más conocida en la actualidad, es que entiende al populismo como una *interpelación democrática-popular*. Esta caracteriza al populismo como un tipo de discurso interpelativo. Asociada con Ernesto Laclau (Rieznik, 2000 y Laclau 2005) esta caracterización

trata de hacer énfasis en el aspecto ideológico mezclando a Marx con Gramsci, Lacan y Foucault. Los escritos de Laclau sobre el marxismo y el populismo son notoriamente densos y a veces resistentes a ser resumidos. Pero en el fondo está la idea de que el conflicto es una característica ineludible y definitoria de la vida política. En otras palabras, en el ámbito de la política el antagonismo es natural e inevitable, en el que el consenso nunca puede ser permanente y siempre hay un “nosotros” y un “ellos”.

Según Laclau, el populismo no es un fenómeno ideológico *per se*, sino que se presenta como una contraposición antagónica que es la que genera el conflicto (anti-status quo, apelación al pueblo, anti intelectualista, desconfianza de políticos tradicionales, etc.). Así, el populismo interpela, constituye, a los individuos como sujetos. Ahora el populismo no constituye por sí mismo una ideología: es imposible adjudicarle una inherencia de clase determinada ya que apela al pueblo por encima de las clases. “Nuestra tesis es que el populismo consiste en la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante”. (Laclau 1980, 201) Así el populismo puede estar inserto en ideologías: por ejemplo, hay populismo socialista (Tito, Mao, Fidel), fascista (Mussolini), nacional burgués (Vargas, Perón, Nasser). En este sentido, al decir de Emilio De Ipola, “el carácter de clase de una ideología está dado por su forma y no por su contenido” (De Ipola, 1979, 51). La gran pregunta es si todo puede ser populismo, entonces ¿qué es el populismo? En realidad, Laclau diluye tanto el concepto que puede ser aplicado a casi cualquier cosa.

Es importante señalar que las diversas interpretaciones no son necesariamente excluyentes entre sí, más bien que tienen puntos de contacto. Al mismo tiempo, es notable que todas tienden a ser asincrónicas y, con la excepción de Ianni, ahistóricas por lo que tienden a dejar lado tanto el momento y la sociedad que produce el fenómeno sino también su evolución en el tiempo.

Si bien los estudios sobre el populismo que comenzaron en la década de 1950 estuvieron muy influenciados por la academia norteamericana, y sus análisis de los nuevos fenómenos políticos y sociales latinoamericanos, el debate actual sobre el populismo en el Primer Mundo está fuertemente influido por los partidos populistas de extrema derecha que surgieron en Europa a finales de los años 80 y principios de los 90. En esto las diferencias con la discusión política y académica en América Latina han sido notables, sobre todo porque ambas tienden a ignorarse mutuamente, e inclusive a tener visiones notablemente ahistóricas. Así los europeos parecen haber regresado a la discusión del populismo como una forma particular de fascismo. En esto tienden a dejar de lado toda la discusión en torno a los antecedentes latinoamericanos del tema, y la consideración del populismo como un fenómeno progresista y estatista. A su vez, los analistas latinoamericanos, hasta el surgimiento de populistas de derecha como Bolsonaro o el argentino Milei, no englobaban dentro del fenómeno a la ultraderecha europea.

Tanto fenómenos como el chavismo en Venezuela, o luego Trump y Bolsonaro, han revelado que el tema del populismo es infinitamente más complejo de lo que lo parecía. Lo notable de esta ultraderecha no es su novedad, ya que existía desde mediados de la década de 1970, sino que se fueron convirtiendo en movimientos de masas con vínculos con el neofascismo, comenzando con *Forza Italia* de Silvio Berlusconi y la *Lega Nord*. Todo esto mientras en América Latina surgían movimientos que se reivindicaban parte del “socialismo del siglo XXI”, como el *Partido dos Trabalhadores* de Brasil y el Chavismo. A diferencia de estos últimos, la nueva derecha “populista” era abiertamente nativista y racista mientras se refería a ciudadanos “reales” y a la “pureza” nacional y étnica, demonizando a los inmigrantes y a las minorías. Destacados políticos europeos y norteamericanos, como Tony Blair y Barack Obama, advirtieron lo peligroso que es el populismo y llamaron a tomar medidas inmediatas para combatirlo, sin diferenciar entre sus variantes de ultraderecha y las progresistas.

Estos llamados llevaron a un resurgimiento de los estudios sobre el populismo en el Primer Mundo. En 2004, un politólogo holandés llamado Cas Mudde (2004) publicó *The Populist Zeitgeist*, un artículo que proponía una definición concisa de populismo, si bien no muy nueva, que se convertiría en la columna vertebral de los estudios académicos europeos sobre el populismo. Mudde estaba interesado en desafiar dos conceptos comunes entre los politólogos liberales que definían al populismo exclusivamente por una retórica “altamente emocional y simplista” y que consiste principalmente en “políticas oportunistas” que apuntan a “comprar” el apoyo de los votantes.

El populismo, argumentó Mudde, es más que simple demagogia u oportunismo. Pero no es una ideología política completamente formada como el socialismo o el liberalismo; es más bien una ideología “ligera”, formada sólo por unas pocas creencias fundamentales. Primero: la división más importante de la sociedad es la antagónica entre “el pueblo”, entendido como fundamentalmente bueno, y “la élite”, entendida como fundamentalmente corrupta y fuera de contacto con la vida cotidiana. Segundo: todos los populistas creen que la política debería ser una expresión de la “voluntad general”: un conjunto de deseos que suponen compartidos como sentido común por toda la “gente común”. Según Mudde, en esta creencia hay otra implícita: que existe una “voluntad general”. Esta idea de Mudde, por cierto bastante indefinida, no se diferencia demasiado de concepciones donde la voluntad ciudadana se expresa por la vía electoral. De la misma manera, no tiene demasiadas diferencias con los planteos de Laclau. Tampoco es muy útil para comprender los nuevos movimientos latinoamericanos, a pesar de que muchos politólogos también los consideran populistas. Al igual que varios de sus antecesores en el tema, el problema central de la visión de Mudde (y sus seguidores) es que ha dejado de lado toda vinculación social e histórica. Por ejemplo, ¿hasta dónde estos movimientos, tanto de ultraderecha como los progresistas latinoamericanos, son producto del neoliberalismo del siglo XXI? ¿En qué se diferencian de aquellos que surgieron luego de la crisis de 1929? ¿Qué contribuye, y cómo se aplica, un concepto como “ideología

ligera”? Peor aún, parecería que el problema de Mudde es que él realiza un “análisis ligero”.

En esta perspectiva un movimiento populista, entonces, es aquel que consistentemente promete canalizar la voluntad unificada del pueblo y, al hacerlo, socava los esquemas egoístas del *establishment* de élite. Al igual que Laclau, la perspectiva de Mudde tiene como premisa subyacente el tema del conflicto permanente entre “nosotros y ellos”. En este sentido, ambos parecen coincidir en que la única conexión inherente entre los movimientos populistas de derecha y de izquierda es que ambos abrazan la misma verdad fundamental sobre la democracia: que es una contienda en constante cambio sobre cómo se define y redefine el “nosotros”. De ahí que el objetivo no debería ser un consenso sino un “pluralismo agonístico”: un estado en el que la oposición y el desacuerdo se acepten como la norma. Así la cuestión política del futuro inmediato no es cómo luchar contra el populismo, sino qué tipo de populista se quiere ser.

En este sentido, como escribe Mudde en su artículo original, la democracia liberal es “por lo tanto sólo parcialmente democrática”. Dado que el populismo, tal como lo describe la definición ideológica, implica una concepción moralizada de un “pueblo” absolutamente soberano –cuyos veredictos se consideran prácticamente unánimes–, es inevitable que los movimientos populistas entren en conflicto con los diversos aspectos de la democracia liberal. En cierto sentido el planteo de Mudde recuerda al aforismo de Winston Churchill donde planteaba que la democracia es el mejor de los sistemas imperfectos.

Nadie que estudie seriamente el populismo –ni siquiera los participantes más oportunistas en la industria artesanal del alarmismo antipopulista– niega que los movimientos populistas puedan suscitar críticas válidas al *status quo* y al muy real poder antidemocrático de las elites. Muchos adoptan un punto de vista similar al del teórico político mexicano Benjamín Arditi (2008), quien describió con bastante liviandad al populismo como un invitado borracho a una cena de la democracia, alguien que no

respetar las reglas de la sociabilidad y, en el camino, sacar a relucir el fracaso y las hipocresías que todos los demás en la sala han aceptado ignorar. En *Populismo: una introducción muy breve*, Mudde y su frecuente coautor, el politólogo chileno Cristóbal Kaltwasser (2019), describen el populismo contemporáneo como una “respuesta democrática antiliberal a un liberalismo antidemocrático”, una que “plantea las preguntas correctas, pero proporciona las respuestas equivocadas”.

Lo que han demostrado hasta ahora los grandes estudiosos del populismo, con la excepción de Ianni, es su confusión y dificultad para comprender los fenómenos de masas que no se corresponden a las categorías y las construcciones politológicas más difundidas. En realidad, englobar a todos estos fenómenos políticos y sociales bajo la categoría de “populismos” oculta más de lo que explica. Más aun, tiende a dejar de lado complejos procesos históricos y sociales que generan amplias movilizaciones populares. Estas movilizaciones implican una profunda crítica tanto al sistema político (que no logra canalizarlas) como a las transformaciones que realizan, las más de las veces en forma salvaje, las clases dominantes. Tanto el capitalismo monopólico, como la concentración a partir de la crisis de 1929, y el neoliberalismo, han destruido la vida de millones de seres humanos. Su reacción, a veces de derecha y a veces progresista, fue gestar nuevos movimientos políticos que los representaran. Para los diversos analistas de estos fenómenos ha sido más fácil decir que Chaves, López Obrador, Trump y Bolsonaro, son lo mismo, englobándolos a todos como simplemente “populistas”, que tratar de comprender las condiciones sociohistóricas que les dieron vida.

OBRAS CITADAS

- Arditi, Benjamín (2008). *Politics on the Edges of Liberalism: Difference, Populism, Revolution, Agitation*. Edinburgh University Press.
- Beard, Charles y Mary (1962). *Historia de los Estados Unidos*. Buenos Aires: Tipográfica Editora Argentina.
- De Ípola, Emilio (1979). "Populismo e ideología (A propósito de Ernesto Laclau: 'Política e ideología en la teoría marxista')". Universidad Nacional Autónoma de México: Revista Mexicana de Sociología. Vol. 41, No. 3 (Jul. - Sep., 1979), pp. 925-960.
- Di Tella, Torcuato (1983). *Política y clase obrera*. Buenos Aires: CEAL.
- Germani, Gino (1980). "El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos"; en Manuel Mora y Araujo e Ignacio Llorente (comps.). *El voto peronista* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1980).
- Hofstadter, Richard (1983). "William Jennings Bryan"; en Hofstadter. *La tradición política norteamericana*. México: FCE; págs. 118 a 270.
- Hofstadter, Richard (1992). "El Folklore del Populismo"; en Pozzi et al. *Un pasado imperfecto. Historia de Estados Unidos*. Buenos Aires: Ed. Reciénvenida.
- Hofstadter, Richard (1960). *The Age of Reform*. New York: Vintage Books.
- Ianni, Octavio (1975) *La formación del Estado Populista en América Latina*. Buenos Aires: Era.
- Ianni, Octavio (1973). *Populismo y contradicciones de clase en América Latina* México: Era.
- Kazin, Michael. (1995) *The Populist Persuasion*. New York: Basic Books.
- Laclau, Ernesto (1980) [1978] *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, México D.F., Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto. 2005. *La Razón Populista*. Buenos Aires y México: FCE.
- Lenin (Ulianov), Vladimir Ilich Lenin (1894 orig.). *¿Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas?* Madrid: Siglo XXI de España Editores, S.A.; N.º 1 edición (1 octubre 1974)
- Mudde Cas (2004). "The Populist Zeitgeist". *Government and Opposition, An International Journal of Comparative Politics*, Volume 39, Issue 4, pp. 541 – 563. Oxford UK. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1477-7053.2004.00135.x>
- Mudde, Cas y Rovira Kaltwasser, Cristóbal (2019): "Populismo: Una Breve Introducción". *Anuario Del Conflicto Social*, (8). <https://doi.org/10.1344/ACS2019.8.1>

Peralta Ramos, Mónica (1978). *Acumulación de capital y crisis política en Argentina (1930-1974)*. México: Siglo XXI.

Pereyra, Horacio (1988). *Algunas hipótesis para la interpretación del peronismo*. Buenos Aires: Editorial Biblos.

Peña, Milcíades (1986). Industrialización y clases sociales en Argentina, Buenos Aires: Hyspamérica. [orig. *Fichas de investigación económica y social* vol. 1, no. 1 Abril 1964]

Polit, Gustavo [Milcíades Peña] (1964), “El legado del bonapartismo: conservadurismo y quietismo en la clase obrera argentina”;

Fichas de investigación económica y social vol. 1, no. 3 (setiembre 1964).

Rieznik, Pablo (2000). “Populismo y marxismo”, en Pablo Rieznik. *Marxismo y sociedad*. Variaciones sobre un tema. Buenos Aires: Eudeba.

Turner, James (1980). “Understanding the Populists”. *The Journal of American History*. 67 (2): 354–373.

Turner, Frederick Jackson (1896). “The Problem of the West.” *Atlantic Monthly* 78 (467): 289–297.





Populismos y fascismos, neopopulismos y neofascismos

Apuntes para un análisis histórico-crítico de las mutaciones de estas “formas” políticas del capitalismo

Rodolfo Gómez*

Introducción

En la presentación –escrita junto a Pablo Vommaro– del libro del Grupo de Trabajo Izquierdas, praxis y transformación social de CLACSO, que llevó por título “Populismo. Una perspectiva latinoamericana” (2023), sosteníamos que hubieron –en general– dos enfoques utilizados para abordar la temática del populismo, uno de corte más sociológico o politológico, que intentaba construir un “tipo ideal” del populismo en base a relevar las características comunes de esa perspectiva a lo largo de diferentes

* Docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Miembro de los Grupos de Trabajo CLACSO *El Estado como contradicción y Comunicación, culturas y política*. Integrante de la Dirección de Investigación de CLACSO.

momentos y geografías; y otro, de carácter más histórico, que ceñía su mirada sobre los llamados gobiernos “populistas” latinoamericanos que tuvieron lugar, a mediados de la década del cincuenta del siglo XX, en varios países de la región. Podría decirse que el primero de los enfoques sería el más propio de los trabajos de Laclau (2016) sobre el populismo, en tanto que el segundo de ellos estaría más presente en cambio en los trabajos de, por ejemplo, Boron (2011). Mientras que en el primero la categoría de populismo sigue siendo productiva para analizar diferentes y muy diversos fenómenos políticos (lo que le valió cuestionamientos por su excesiva laxitud conceptual), en el segundo, al situar el análisis en un período específico, se abría camino a establecer distinciones entre populismos y neopopulismos; o, mejor dicho, entre populismos “históricos” y “contemporáneos”.

En este artículo, tomando en cuenta estas diferentes conceptualizaciones, pero haciendo foco en el devenir histórico del capitalismo, trabajaremos en particular los vínculos entre populismos y neopopulismos, pero también -considerando otros análisis “clásicos” como el de Gino Germani (2003), que vinculaban populismos y autoritarismos- analizaremos la relación entre populismos y fascismos a la luz de la emergencia de ideologías actuales que podrían calificarse de neofascistas (Gómez, 2023). Intentaremos argumentar que tanto los populismos latinoamericanos como los fascismos europeos, los neopopulismos o los neofascismos, responden todos a una dinámica de enfrentamiento de clase -el antagonismo entre capital y trabajo- propia de cualquier forma de capitalismo, aunque situada -a la vez- históricamente.

A tales fines, examinaremos como se hacen presentes históricamente las relaciones de fuerza entre las clases sociales en conflicto -entendiendo que son esas relaciones de fuerza (léase lucha de clases) y sus cambios las que determinan las diversas “formas” políticas- tanto en las sociedades latinoamericanas en las que se hicieron presentes gobiernos populistas, como así en las sociedades europeas donde emergieron dictaduras fascistas; hasta llegar a una actualidad en la que emergieron fenómenos

políticos tanto neopopulistas como neofascistas en distintos lugares del mundo.

El fascismo “histórico” europeo y el populismo “clásico” latinoamericano

Laclau sitúa en su texto los orígenes del populismo en movimientos diversos que se hicieron presentes hacia fines del siglo XIX en los Estados Unidos o en Rusia, entre otros ejemplos que trabaja. Sin embargo, la importancia del “populismo” como fenómeno político general a ser analizado e interpretado no deviene de dichos iniciales movimientos sino de los gobiernos que tuvieron lugar desde mediados del siglo XX en América Latina, como ser los de Vargas en Brasil, Perón en Argentina, Cárdenas en México o Paz Estenssoro en Bolivia. Aunque a estos gobiernos podríamos sumarle otros presentes en regiones de la periferia capitalista, como por ejemplo los de Sukarno en Indonesia o de Nasser en Egipto, la noción de “populismo” no tuvo en estos otros espacios geográficos de la periferia capitalista la persistencia que sigue teniendo en la región latinoamericana.

En buena parte de las interpretaciones que se realizaron sobre el “fenómeno del populismo” latinoamericano, y cuyo ejemplo más paradigmático sea tal vez el trabajo al respecto de Gino Germani, se planteó un estrecho vínculo entre populismo –en el caso puntual del peronismo en Argentina- y autoritarismo, y entre este último y el fascismo. Dado que ambas “formas” políticas compartían por un lado la importancia asignada al Estado como elemento de regulación de toda la sociedad –mirada que, en el mismo sentido, se interpretó como “corporativa” (Schmitter, 1979 y 1992)- y, por el otro, la presencia de líderes carismáticos en la conducción de las masas en detrimento de la figura más clásica del partido político de los regímenes liberales, a los cuáles ambos –fascismo y populismo- también cuestionaron.

Pero como resaltaron, por ejemplo, Murmis y Portantiero (1987) respecto de la interpretación de Germani sobre el populismo (peronismo), dicha asimilación se encontraba permeada en este último autor a partir de una teoría de la modernización; que no le permitió a nuestro juicio evaluar con mayor precisión las diferencias. En particular la que refiere al momento histórico de surgimiento y al contexto geográfico, en el marco del derrotero del capitalismo, esto es, en el marco de una situación concreta de lucha de clases.

Probablemente fuera Trotsky (2019) uno de los primeros en resaltar una interpretación del fascismo como un movimiento político que devenía de un momento histórico de la lucha de clases¹, considerada a partir del despliegue del imperialismo. Pero fue Mandel (2017) quien -a posteriori- complementó esta perspectiva planteando que la función principal de los regímenes fascistas era la de incorporar forzosamente a las masas a la institucionalidad capitalista. Porque, en efecto, el surgimiento del fascismo en Europa no puede explicarse -como así los Estados interventores europeos y estadounidenses posterior a la crisis del '30- soslayando el impacto de la Revolución Rusa de 1917 sobre el movimiento obrero internacional y sobre la lucha de clases (Negri, 2003), básicamente por las dificultades que este impacto implicaba para un capitalismo que debía subsumir a las masas a su "circuito" reproductivo (D-M-D'). Aunque buscara hacerlo, sobre todo, a partir de una vía democrático-liberal; ya que esta nueva "forma de contención" fascista de las masas no fue la que prevaleció en el conjunto de los países europeos. Más allá que el intento de expansión de este régimen político de excepción (Poulantzas, 1998) sobre el resto de las naciones (que llevó a la Segunda Guerra Mundial),

- 1 Afirma Trotsky: "La gran burguesía, que no constituye más que una fracción ínfima de la nación, no puede mantenerse en el poder sin el apoyo de la pequeña burguesía de las ciudades y el campo, es decir, entre los últimos representantes de las antiguas clases medias y entre las masas que constituyen hoy las nuevas clases medias...Para que la crisis social pueda desembocar en la revolución proletaria es indispensable, aparte de otras condiciones, que las clases pequeñoburguesas se inclinen de forma decisiva del lado del proletariado. Eso permite al proletariado tomar la cabeza de la nación y dirigirla. Las últimas elecciones revelan una tendencia en sentido inverso". (2019, páginas 13 y 14)

implicó una alerta disciplinaria sobre cualquier intento de emancipación anti-capitalista que pudieran perpetrar los movimientos de trabajadoras y trabajadores, y no sólo en el viejo continente.

Pero en América Latina, donde el capitalismo asumió una modalidad “subdesarrollada” o “dependiente”, las dificultades que se encontraban para la integración de “las masas” eran distintas que las que podían observarse en Europa. Aunque autores como Germani extrapolaron de cierto modo las características de las sociedades capitalistas europeas –en particular algunas de la llamada “periferia” del Viejo continente, como Italia o España- a las latinoamericanas y por tanto buscaron analizar a los populismos donde se los asimilaba con cierto tipo de autoritarismo; lo hicieron sin tener en cuenta ni las diferentes características de los capitalismo europeos y latinoamericanos, ni considerando los fenómenos de lucha de clases que se venían desarrollando en las regiones capitalistas periféricas.

Podría decirse que, en lo referido a las diferencias entre los capitalismos europeos y latinoamericanos, se trata de dos “formas” capitalistas distintas; dado que la primera presenta ciertos tipos de homogeneidades que no encontramos en la segunda. Estas homogeneidades tienen que ver con un modo de desarrollo capitalista donde las fracciones capitalistas agrarias fueron transformadas por el capitalismo industrial, cuyas figuras fueron la de la fábrica y la de la ciudad, que barrieron y reformularon –en un sentido capitalista moderno- las formas agrarias previas. En cambio, el carácter periférico del capitalismo latinoamericano supuso la presencia de unas clases más populares u originarias que obreras, con un componente más agrario (por el modo agrario de incorporación al mercado mundial en la región) que industrial en estas clases trabajadoras, pero donde además esto implicó que sectores importantes quedaran fuera de los procesos de integración social capitalista. De allí las iniciales dificultades constitutivas de un orden estatal moderno en nuestros países, como así también la característica función de “fuerza productiva” que

asumió –una vez constituido- el mismo Estado capitalista en la región (Thwaites Rey y Ouviaña, 2012), más allá de su función represiva.

Estas diferencias entre los capitalismo europeo y latinoamericano implica considerar las características distintivas que se hacen presentes entre estas dos “formas” de sociedades capitalistas y, por lo tanto, que asumen las luchas de clases. Diferencias que se expresan también, más allá de continuidades discursivas, entre las “formas políticas” fascistas europeas y populistas latinoamericanas. Porque, si en Europa los fascismos supusieron sobre todo un proceso de disciplinamiento de las masas para la reproducción capitalista –más allá del componente hegemónico fascista al que hizo referencia por ejemplo Gramsci (2003)-, en América Latina el proceso de incorporación de las masas llevado adelante por los gobiernos populistas fue más claramente hegemónico para lograr dicha incorporación, y se dio, además –a diferencia de los fascismos- en el marco de regímenes democrático liberales.

Esto no niega por cierto el carácter capitalista de los gobiernos populistas latinoamericanos, ni el carácter capitalista de la democracia liberal, pero plantea una diferencia con los fascismos europeos; dado que, en los primeros, aunque hubieron características represivas (que también estuvieron presentes en los gobiernos liberal-conservadores latinoamericanos previos), no se prohibió la actividad de partidos políticos opositores, ni el accionar de oposiciones dentro de las organizaciones sindicales, ni tampoco se censuró por completo a los medios de comunicación que no eran adeptos al gobierno. A la vez los gobiernos populistas, no contaron en general con el beneplácito de aquellos importantes sectores capitalistas ligados a la producción agraria y a los capitales extranjeros; aunque sí fueron apoyados por otros sectores capitalistas ligados a la producción industrial y manufacturera orientada al mercado interno, que precisaba del consumo de esos productos por parte de las clases trabajadoras y populares. Lo que se denominó “compromiso de clase”, a partir de la mediación de la “forma estado” populista (Tarcus, 1992).

En este sentido, los populismos latinoamericanos fueron más, a pesar de la retórica nacionalista y en ciertos aspectos conservadora, una experiencia de características más reformistas y laboristas, que fascistas. Aunque a diferencia del reformismo socialdemócrata europeo, sin ese componente de transición “pacífica” hacia el socialismo que se encontraba en este último y con un componente más “movimientista” y menos ligado a la tradición organizativa partidaria, sea esta liberal o leninista.

Neopopulismos latinoamericanos y neofascismos globales

Las características comunes que explicita Laclau sobre los populismos en general, se trate de movimientos o de gobiernos; como ser el personalismo, ciertas políticas implementadas desde los Estados capitalistas, entre las cuáles encontramos en la actualidad las llamadas políticas “clientelares”, podrían encontrarse en fenómenos políticos contemporáneos diversos que van de izquierda a derecha, abarcando también a las centroizquierdas y a las centroderechas.

Desde este punto de partida analítico, Trump o Bolsonaro, podría considerarse populistas de derecha, así como Chávez o Correa podrían interpretarse como populistas de izquierda, más allá de ciertas impugnaciones u objeciones que pudieran proferirse en contra de esas caracterizaciones (ver, por ejemplo, Dávalos o Pozzi en Pozzi, Mastrángelo y Munck, 2023). Esto es, desde esa perspectiva pueden encontrarse rasgos “populistas” en casi todos los gobiernos u movimientos políticos, sean de derecha o izquierda, europeos o latinoamericanos.

Pero a nuestros fines, este enfoque parece ser poco útil, sobre todo si nos planteamos un análisis crítico de lo que serían los fenómenos del populismo y del fascismo, como estamos aquí ensayando, desde un punto de vista que no soslaya el carácter capitalista de dichas formas políticas. Nos resulta más adecuado plantear que los fenómenos populistas que

tuvieron lugar en la periferia capitalista, entre los que se ubican los latinoamericanos, fueron producto de un momento histórico, de una determinada “forma” asumida por el capitalismo y por lo tanto de un momento determinado del desarrollo de la lucha de clases (esto es, del conflicto entre capital y trabajo).

De modo que entonces, esto nos lleva a distinguir entre los que podrían considerarse populismos históricos y los que hoy serían neopopulismos, como así entre los fascismos “históricos” y los que denominamos neofascismos. Siendo que los primeros tuvieron lugar en América Latina, y en otros países de la periferia capitalista, aproximadamente desde mediados del siglo XX, en el marco de una “forma” de acumulación que algunos autores denominaron “fordista” y que estuvo atravesada también por el empleo –más o menos acusado- de políticas estatales intervencionistas o bien keynesianas. Lo que quiere decir que “ese” populismo, con las características que asumió, correspondió a esa etapa histórica y a un determinado tipo de relaciones de fuerza entre capital y trabajo. Y algo similar podría decirse de la distinción entre los fascismos “históricos” europeos y los actuales neofascismos.

Porque hoy día, estas relaciones de fuerza han cambiado de manera notable, dado que también se ha modificado de modo notable el funcionamiento del capitalismo. En efecto, entre finales de la década del sesenta e inicios de la del setenta asistimos en los países desarrollados al agotamiento de esa “forma” de acumulación fordista, a la crisis de la “forma estado” de bienestar y la crisis de las políticas keynesianas subyacentes; y también al nacimiento de un nuevo modo de acumulación de características “neoliberales”, que supuso la emergencia de un nuevo tipo de “forma estado” neoconservadora (Dubiel, 1993).

En América Latina, la crisis del modo de acumulación fordista, que había tenido su correlato en una “forma Estado” que algunos autores denominaron precisamente “populista” (Tarcus, 1992), sustentada en el empleo de políticas keynesianas orientadas a la demanda, desembocó en golpes

de Estado promovidos por feroces dictaduras. Que fueron las encargadas, a diferencia de lo sucedido en Europa o en los Estados Unidos, de llevar adelante el proceso de tránsito capitalista, de ese modo de acumulación fordista a uno neoliberal-conservador.

Sin embargo, este intento de cambio por parte de las dictaduras latinoamericanas (chilena, uruguaya, argentina, brasilera, boliviana, etc.), estuvo atravesado por resistencias y oposiciones (Pozzi, 2008), que impidió en muchos casos (tal vez con la excepción de lo sucedido con la dictadura de Pinochet en Chile) que esa “transición” capitalista se complete. De modo que esto implicó que el cambio más general quedara a cargo de las nuevas formas políticas emergentes: las democracias capitalistas.

Las dificultades de los nuevos regímenes políticos democráticos que se instauraron en América Latina para llevar adelante el cambio entre los diferentes modos de acumulación fueron importantes. Aunque, en todos los casos, las profundas transformaciones que llevaron adelante las dictaduras (y también los gobiernos democráticos contemporáneos a las mismas) resultaron irreversibles, en términos de posibilitar un retorno a previas formas “populistas”; la dificultad radicaba en el tránsito –la transición– “democrático” hacia el modo de acumulación neoliberal conservador.

Sin embargo, la modificación de las relaciones de fuerza a favor de las clases capitalistas, a partir de la desorganización de las clases populares que habían llevado adelante las dictaduras, implicó que finalmente pudiera llevarse a cabo, aunque de modo diverso, la configuración de ese modo de acumulación neoliberal conservador en América Latina. Y los partidos y movimientos políticos que llevaron adelante ese proceso fueron precisamente aquellos que antes habían sido calificados como “populistas” –el caso del “peronista” Menem en Argentina, el del “nacionalista revolucionario” Paz Estenssoro en Bolivia, el del priísta Salinas de Gortari en México, entre otros– y que ahora habían devenido en neoliberal-conservadores.

Evidentemente se estaba en otro momento histórico y también de las relaciones de fuerza sociales, económicas, políticas, culturales, y de la lucha de clases en América Latina, que era el que permitía semejante triunfo de las clases capitalistas sobre las clases populares y de trabajadoras y trabajadores en la región. Triunfo que decretaba -más allá de la pervivencia de ciertos rasgos (como el personalismo, motivo por el que Sarlo -1994- calificó al gobierno de Menem como “neopopulista de mercado”)- el fin del “populismo” en su versión histórica, sobre todo porque en estos casos implicaba un “compromiso de clases” muy distinto, netamente favorable al capital en detrimento de las clases trabajadoras y populares.

La crisis posterior de la hegemonía política neoliberal conservadora (de los otrora partidos “populistas”), que cobró forma en los primeros años del siglo XXI, tuvo que ver con el surgimiento de una nueva articulación –o “yuxtaposición”, como sostiene Piva (2015)- de las clases populares, que contó por supuesto con la participación de los movimientos de trabajadoras y trabajadores, pero que no se ciñó sólo a éstos, sino que incluyó también a movimientos indígenas, campesinos, de mujeres, de jóvenes, de desocupados, entre otros. Dando origen a lo que Thwaites Rey (2016) denominó Ciclo de Impugnación al Neoliberalismo en América Latina (CINAL).

La entrada en crisis de esos mismos gobiernos neoliberal conservadores tuvo mucho que ver con un in crescendo de la lucha de clases –del conflicto entre capital y trabajo- en prácticamente toda la región. Pero cuando esa protesta social comenzó a poder ser canalizada política e institucionalmente dio lugar a la llegada al gobierno de opciones que podríamos caracterizar genéricamente como progresistas o bien, a partir de su impugnación al neoliberalismo, como posneoliberales.

Estas opciones posneoliberales en el gobierno, que representaban en buena medida las nuevas articulaciones entre las clases trabajadoras y populares latinoamericanas, aunque en la confrontación se incluyeran además a sectores de pequeños y medianos empresarios y propietarios o

a técnicos y profesionales –pertenecientes genéricamente a los llamados sectores “medios”- que podían asumir posiciones políticas progresistas; lograron implementar tipos de políticas que, más allá de sus contradicciones, se diferenciaron de las anteriores políticas neoliberal-conservadoras. Aunque dicha diferenciación no logró conformar una nueva hegemonía política estable, distinta de la neoliberal.

En efecto, estas nuevas opciones políticas posneoliberales -o “neodesarrollistas”, como las define Claudio Katz (2014)- distintas a las neoliberales dominantes durante los años noventa en América Latina, una vez institucionalizados al interior del gobierno y del Estado capitalista los movimientos sociales, populares y de trabajadores protagonistas del CINAL, encontraron un límite para su consolidación. Lo que implicó que, por supuesto, estas nuevas opciones políticas críticas del neoliberalismo no lograran atravesar los encorsetamientos establecidos por las lógicas económicas, políticas, sociales y culturales del mismo capitalismo.

Esto abrió el camino a la impugnación de estas opciones -posneoliberales- por parte de los grandes capitalistas, que comenzaron a verse representados a través de unas nuevas derechas políticas “recargadas”, buscando retrotraer a los Estados latinoamericanos y a sus “formas” políticas a la situación previa al estallido de la crisis del paradigma neoliberal conservador dominante durante la década del noventa.

En el corazón de este cuestionamiento de las derechas políticas radicalizadas se encuentra la recuperación crítica y despectiva del término “populista”, en un *revival* de la utilización de ese mismo término por parte de las últimas dictaduras cívico militares que azotaron la región latinoamericana desde mediados de la década del setenta del siglo XX. Aun cuando ese mismo término había sido sepultado por las mismas opciones políticas que se autocalificaban como populistas, pero que –como vimos- eran neoliberal conservadoras (los casos del menemismo en Argentina o del PRN en Bolivia, entre otros ejemplos).

Lo que estamos diciendo en concreto es que las opciones que a un nivel general caracterizamos como posneoliberales, ya no podían ser estrictamente “populistas” en este nuevo momento del capitalismo, cuestión que denuncia el carácter ideológico –en el sentido marxista del término– del discurso de la derecha política neoliberal conservadora latinoamericana actual. Aunque sí, como muestran Bonnet (2014) o Piva (2015), en ciertos casos, algunos de estos gobiernos posneoliberales podrían caracterizarse como “neopopulistas”.

En principio esto podría ser así por la perseverancia de ciertos personalismos (aunque la misma derecha contemporánea, como antes los fascismos históricos, apelaron a ese aspecto de lo político), pero también por la implementación de políticas económicas de carácter keynesiano (o nekeynesiano) orientadas a potenciar la demanda, el consumo, el mercado interno, etc. Sin embargo, más allá de estos rasgos comunes, a los que podrían sumarse que tanto los populismos históricos como estos neopopulismos buscaron desplegar estas políticas en el marco de un régimen democrático “de derecho”, esto es, liberal (más allá de las reformulaciones y ampliaciones producto de las reformas constitucionales que algunos de estos movimientos impulsaron, como fue el caso de Bolivia o Ecuador), lo cierto es que existen también fuertes diferencias históricas entre los populismos históricos y los neopopulismos, propias de dos momentos bien distintos de funcionamiento del capitalismo. Diferencias que conectan a los neopopulismos actuales con los progresismos, especialmente los emergentes luego de las últimas dictaduras, es decir, los progresismos de la llamada “transición democrática”, impulsores de reivindicaciones democráticas², sin que ello implique una crítica al capitalismo, sino –a lo sumo– intentos de regulación del mismo, o de sus consecuencias disfuncionales (como ser el aumento indiscriminado de los procesos de anomia social, la desocupación, la delincuencia, la corrupción, entre otros factores).

² Según Horowicz (1991) esta sería una característica de lo que llama el “cuarto” peronismo. Piva (2015) y Bonnet (2015) también refieren a este aspecto distintivo de los neopopulismos.

Los neofascismos en cambio –ligados hoy con las extremas derechas radicalizadas– son la expresión descarnada y excepcional de la voluntad del capital por dominar a las clases trabajadoras y populares. Una función, a nuestro entender determinante, que no ha cambiado respecto de los fascismos históricos, motivo por el que Poulantzas (1998) los define como “régimen políticos de excepción”. De modo tal que el uso del prefijo “neo” resulta –como en los neopopulismos– de modificaciones en las circunstancias históricas de funcionamiento del capitalismo, más no de un cambio en la “naturaleza” o función de los nuevos fascismos.

Como en el caso de los fascismos históricos, los neofascismos son una representación, que asume –al igual que antaño el bonapartismo o el mismo fascismo– características generales mesiánicas y “lumpen”, de los grandes capitalistas, de la pequeña burguesía o sectores medios y de buena parte del contingente de desocupados y desclasados. Si el fascismo resultó un régimen político de excepción que, como sostiene Poulantzas, se construyó a partir de la crisis del régimen político liberal y de la representación ideológica de los partidos burgueses en el momento de paso de la “forma” liberal del capitalismo a su “forma” intervencionista; los neofascismos actuales son también intentos “excepcionales”, ideológicamente injustificados, brutales y lumpenes, de superación de la actual crisis del neoliberalismo económico y político, es decir, en el marco de la crisis de la “forma” neoliberal contemporánea de funcionamiento capitalista.

Estas diferencias entre las “formas” pasadas del capitalismo y las actuales no es menor sino determinante. Porque mientras que los fascismos históricos europeos eran el intento excepcional de subsunción del poderoso y homogéneo movimiento obrero europeo al circuito de dominación del capital, en un momento histórico en el que esa clase obrera se había “autonomizado” del capitalismo a partir de la Revolución Rusa; hoy nos encontramos con unas clases trabajadoras y populares profundamente heterogéneas y fragmentadas, cuyo poder político se ha diluido en el marco

de un capitalismo globalizado en el que no se vislumbra cerca ningún proceso de “autonomización” –del trabajo- de dicho circuito capitalista.

De modo tal que la virulencia –política, económica, cultural- de los fascismos históricos europeos o de las dictaduras latinoamericanas de la década del setenta, que debieron suspender el régimen político liberal parlamentario como búsqueda de disciplinamiento de las masas para resolver la crisis política e ideológica capitalista de entonces, no es comparable en este sentido a las actuales prácticas políticas de estos neofascismos, que operan en el marco de un régimen político parlamentario. Sea esto tanto en Europa, Estados Unidos o bien en América Latina.

La diferencia radica en los distintos momentos capitalistas en lo que tuvieron lugar estas “formas” políticas. Porque mientras que los primeros regímenes de excepción, siguiendo a Gramsci, sumaron a su característica represiva otra hegemónica, los neofascismos actuales operan también represivamente, pero de manera “poshegemónica” (Beasley-Murray, 2010). Aunque su función (política, económica y cultural), como ya señalamos, sea estrictamente la misma: la dominación del “trabajo” por parte del “capital”.

Conclusiones

A lo largo de este breve artículo buscamos examinar comparativamente –haciendo foco en lo histórico (aunque sin desdeñar lo económico, lo político, lo social y lo cultural) y en los gobiernos más que en los movimientos- las características generales de los fenómenos políticos populista y fascista, neopopulista y neofascista.

En esa generalización, que no atendió con precisión –dada la brevedad del trabajo- a ciertas particularidades, consideramos y analizamos a los populismos, sobre todo latinoamericanos, y a los fascismos, sobre todo europeos, como “formas políticas” propias del capitalismo y, por lo tanto, producto de las luchas de clases en diferentes momentos históricos. De

modo tal que, entonces, a nuestro entender, para una correcta interpretación de estas formas políticas, creímos necesario observarlas a la luz de las características históricas que las mismas iban asumiendo en el marco de un tipo de capitalismo “fordista”, desarrollado o periférico en Latinoamérica, vigente en el período que va aproximadamente de la década del treinta hasta la del setenta del siglo XX.

Planteo que de modo pionero tanto Trotsky como posteriormente Mandel, supieron expresar en las descripciones que realizaron a propósito del fenómeno fascista.

Pero a partir de aquí lo que buscamos mostrar, considerando las diferencias que se presentan entre el capitalismo desarrollado en Europa o los Estados Unidos y el latinoamericano (que sintetizamos y simplificamos a partir de la distinción que plantea Lechner -1977- entre sociedades desarrolladas, de características “homogéneas”, y las subdesarrolladas, de características más bien “heterogéneas”), es que la “forma política” fascista –observada sobre todo en Europa- y la “forma política” populista latinoamericana se distinguen en sus efectos. Más allá de ciertos aspectos similares descritos por distintos autores -como fue el caso de Germani- y también más allá de las diferencias -marcadas por este mismo autor- entre ellas.

Sintéticamente podría decirse que si bien en ambos casos –en los fascismos y en los populismos- se proclamó un cuestionamiento de la democracia liberal; los fascismos suspendieron el Estado de derecho (como hicieron en América Latina las dictaduras cívico militares vigentes a lo largo del siglo XX que, algo paradójicamente, se proclamaban liberales), en tanto que los populismos, aún con sus dosis de autoritarismo, lo mantuvieron. También podría decirse que, mientras que los fascismos fueron apoyados por los grandes capitalistas (el ejemplo del apoyo de los “Junkers” alemanes al nazismo resulta emblemático de este aspecto), los populismos “históricos” fueron más bien cuestionados por esos grandes

grupos capitalistas, aunque sí fueron apoyados por sectores de pequeños y medianos capitalistas.

Esta diferenciación, aún bajo la novedad de las actuales formas capitalistas, es en cierto modo extrapolable a las distinciones observadas entre las “formas” políticas neopopulistas hoy presentes en América Latina y las neofascistas que pueden encontrarse tanto en nuestra región como así en países desarrollados como Estados Unidos, Europa del este o Italia.

Si bien no es poca cosa que, hoy día, tanto los neopopulismos como los neofascismos operen en el marco general de un régimen político democrático y parlamentario (aunque este sea por cierto también capitalista), cabría agregar que esto es así porque lo que hoy no está presente –a diferencia del momento de irrupción de las “formas” políticas fascistas históricas en Europa, de los populismos “clásicos” o de las dictaduras cívico militares latinoamericanas– es algún tipo de cuestionamiento al mismo capitalismo. Y esta es la tópica principal que nos planteábamos abordar en este artículo: ¿qué estamos esperando para –política, económica y culturalmente hablando– volver a poner en discusión esa “falsa totalidad” (como diría Adorno, 1984) que es el capitalismo?

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

Adorno, Theodor (1984), *Dialéctica Negativa*, Taurus.

Annunziata, Rocío (2021). El populismo como democracia límite. Entrevista a Pierre Rosanvallon. *Andamios*, 18(46). https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-00632021000200259

Beasley-Murray, Jon (2010), *Posthegemonía: teoría política y América Latina*, Paidós.

Bonnet, Alberto (2017), *El kirchnerismo: la rebelión como restauración*, Prometeo.

Bonnet, Alberto (2014), “Populismo y nueva izquierda”, en *Herramienta* N° 54, Ediciones Herramienta.

- Bonnet, Alberto (2008), *La hegemonía menemista*, Prometeo.
- Bonnet, Alberto (2007), “Kirchnerismo: el populismo como farsa” en *Periferias* N° 14, FISyP.
- Borón, Atilio (2011). ¿Una nueva era populista en América Latina? En Borón, Atilio (Comp.), *Sujeto y conflicto en la teoría política*, Ediciones Luxemburg.
- Dubiel, Helmut (1993), *¿Qué es el neoconservadurismo?*, Anthropos.
- Germani, Gino (2003), *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*, Temas.
- Gómez, Rodolfo (2023), “Los neofascismos como lógica política (y cultural) del lumpen capitalismo” en *Cuadernos de Pensamiento Crítico* (Segunda Época) N°94, CLACSO.
- Gramsci, Antonio (2003), *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Nueva Visión.
- Horowicz, Alejandro (1991), *Los cuatro peronismos*, Planeta.
- Katz, Claudio (2014), “¿Qué es el neodesarrollismo? Una visión crítica”, en *Rebelión.org*, Buenos Aires. Disponible en <<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=187434>>
- Laclau, Ernesto (2016), *La razón populista*, Fondo de Cultura Económica.
- Lechner, Norbert (1977), “La crisis del Estado en América Latina”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 39, No. 2, UNAM, pp. 389-426. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/3539771>
- Mandel, Ernest (2017), *El fascismo*, Sare Antifaxista.
- Murmis, Miguel y Portantiero, Juan Carlos (1987). *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Negri, Antonio (2003), *Crisis de la política. Escritos sobre Marx, Keynes, las crisis capitalistas y las nuevas subjetividades*, El Cielo por Asalto.
- Piva, Adrián (2015), *Economía y política en la Argentina kirchnerista*, Batalla de Ideas.
- Poulantzas, Nikos (1998), *Fascismo y dictadura*, Siglo XXI.
- Pozzi, Pablo (2008), *La oposición obrera contra la dictadura*, Imago Mundi.
- Mastrángelo, Mariana; Munck, Ronaldo y Pozzi, Pablo (Eds.) (2023), *Populismo. Una perspectiva latinoamericana*, CLACSO.
- Sarlo, Beatriz (1994). *Escenas de la vida posmoderna*, Espasa Calpe.
- Schminer, Philippe (1979), *Trends Toward corporaristr intermediation*, SAGE, 1979.

Schminer, Philippe (1992), Teoría del neo-corporativismo, Universidad de Guadalajara.

Tarcus, Horacio (1992), "La crisis del Estado populista: Argentina 1976-1990" en Realidad Económica N° 107, IADE.

Thwaites Rey, Mabel y Ouviaña, Hernán (Eds.) (2012), El estado en América Latina, CLACSO-Universidad Arcis.

Thwaites Rey, Mabel (2016), La impugnación al neoliberalismo y su crisis, en Dínamo 5. Disponible en <http://ladiaria.com.uy/articulo/2016/5/la-impugnacion-al-neoliberalismo-y-su-crisis/>

Trotsky, León (2019), Obras Escogidas. La Lucha contra el fascismo, Edicions Internationals Sedov.





A propósito del Populismo¹

Lucas Rubinich*

Marcelo Langieri**

Como primera cuestión es necesario señalar tanto el carácter polisémico del concepto “populismo” como su estrecha ligazón al sentido común. Se plantean así serias dificultades a salvar para usar al concepto como recurso analítico. Sin embargo, es importante observar, como es el propósito de estas notas, que la situación planteada no lo inhibe como recurso para la conceptualización de la realidad, cuestión que puede contribuir a la interpretación de fenómenos políticos, muy particularmente los latinoamericanos.

Los motivos para el uso del populismo, que está fuertemente impregnado de “opiniones”, responde en buena medida a la fuerte herencia cultural recibida de la práctica social que coloca al pueblo como categoría controvertida, como decimos más arriba, especialmente en Latinoamérica.

Hay una sensibilidad sobre lo popular, muy extendida en el pensamiento crítico, que subvalora al pueblo real desde una mirada que podría llamarse emancipatoria, por izquierda. Es necesario aclarar que no es una desvalorización absoluta. Desde esta perspectiva el pueblo, para expresarse

* Sociólogo Instituto de investigaciones Gino Germani UBA (Universidad de Buenos Aires).

** Sociólogo. Universidad de Buenos Aires; Investigador del Grupo de Trabajo de CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina y de la Universidad Nacional de Madres de Plaza de Mayo (UNMa).

¹ Estas notas sobre el populismo son producto de la puesta en diálogo de las mismas con el artículo de Lucas Rubinich: “Populismo: un significante tramposo” publicado en 7 Ensayos.

como un componente fundamental de la sociedad ideal necesita ser reconocido, ya sea en obrero o en desheredado rebelde.

En el marco de la hegemonía cultural del capital financiero el populismo se despoja de cualquier trascendencia redimidora y queda solo con el sentido peyorativo. Este sentido peyorativo no es original, no se limita al mundo cultural y no es totalmente ajeno al ámbito académico.

El populismo es un concepto vago e impreciso. Populista puede ser tanto una organización política como un gobierno. Hay populismos urbanos y rurales, progresistas y conservadores, de masas y de élites. Cuando fenómenos tan dispares son calificados de populistas, resulta evidente la limitación conceptual existente. Inclusive, ningún fenómeno individual o colectivo ha tomado ese nombre.

En la academia el populismo es portador de una fuerte carga peyorativa y ha sido criticado tanto desde la izquierda como desde la derecha. Ninguna organización política de América Latina se ha definido como populista. Sin embargo, el populismo tiene una gran vitalidad y presencia en lo cotidiano de las experiencias populares y es una fuente de estudio y materia de conocimiento. Esta ambigüedad complejiza el fenómeno e invita a su abordaje como objeto de estudio.

El populismo es una forma, o intento, de conceptualización del pueblo y está fuertemente relacionado a la definición del mismo. El pueblo tiene versiones legitimadoras cuando, por ejemplo, se traslada la categoría popular a los representantes en el aparato del Estado, diputados y senadores, por ejemplo, o convirtiéndose en el proletariado, el oprimido o el rebelde, también como noción legitimadora.

La transformación de los “representantes” del pueblo en ciudadanos, en obreros/proletarios, o en revolucionarios, implica ser pensados, o bien como formas para lograr el bienestar de los ciudadanos, o bien como involuntarios legitimadores y reproductores de la opresión.

Por qué una palabra de uso común (en el mundo cultural internacional y latinoamericano en particular) que, con variaciones de intensidad porta claros sentidos negativos, que van de la pura descalificación a la tolerancia comprensiva, sería aceptada y profusamente usada en espacios académicos de las Ciencias Sociales en los que, como cualquier espacio académico, la argumentación racional es un valor central que precisa de herramientas eficientes. Por qué se la aceptaría, siendo el de las Ciencias Sociales un campo que no cuenta con otra posibilidad que la de valerse de un lenguaje, que es el lenguaje culto de uso cotidiano, y entonces se hace imprescindible el trabajo de despejar a las palabras de los sentidos comunes que le impregna ese uso.

En verdad, esta característica que es constitutiva del ejercicio de las ciencias sociales debería sensibilizar, no solo para el gesto de despejar a la palabra que quiere ser transformada en categoría de análisis, de sus significados corrientes, sino también, y sobre todo, para evitar recurrir a un significante que está fuertemente marcado por significados confusos fundados en doxas surgidas de espacios culturalmente autorizados. Básicamente podría decirse que ello es así cuando el sentido común culto se confunde con herramienta de conocimiento, donde la opinión aparece travestida en conocimiento.

La pregunta, al fin y al cabo, podría no ser muy relevante, porque nombrada en abstracto parece remitir efectivamente a un problema retórico con poco asiento en la práctica científica. La respuesta implícita en la interrogación retórica es obviamente negativa: la comunidad académica no aceptaría el uso de esa palabra. Entonces, la cuestión así planteada estaría destinada solo a un pertinente ejercicio metodológico en el que se trabaje sobre las necesarias estrategias de ruptura frente a la lengua corriente intentando construir una categoría analítica, sin recurrir a un neologismo o a un símbolo arbitrario (Bourdieu, 1985), con alguna palabra que por exageración pedagógica esté cargada de sentidos comunes prestigiados y resulte difícil de resignificar. Se trataría de demostrar,

entonces, la imposibilidad del uso de ese significante, como parte de un proceso de aprendizaje.

Sin embargo, si a esa misma pregunta se la formula con la palabra populismo ya no es, ni mucho menos, interrogación retórica, sino que se transforma, claramente en los trabajos sobre América Latina, en la incómoda vía de entrada a un mundo paradójico en el que, en el mejor de los casos, la evidencia problemática no solo no se oculta, sino que en cada introducción se desagrega en tópicos y hasta con alguna minuciosidad. No obstante, se sigue andando con ella a cuestas. Y si se sigue con ella a cuestas es porque en esa heterogénea comunidad académica, o si se quiere en el campo cultural más amplio en la que esta se incluye, quizás haya elementos informales de alguna tradición que expresen algo parecido a una sensibilidad colectiva que, por razones en principio no del todo claras, habilita a otorgarle valor a esa palabra lógicamente confusa.

Ernesto Laclau emprende la difícil y legítima tarea de desplegar una estrategia de resignificación que apuesta por producir una ruptura con los sentidos comunes insertándola en un sistema teórico; y que efectivamente los trabajos más serios, que deciden incorporarla sin realizar esa operación, se ven en la obligación de advertir sobre sus sentidos problemáticos. Pero la mayoría de los usos, no solo en el mundo cultural amplio, sino en el específico ámbito académico de la Ciencia Política y la Sociología Política, son portadores de un sentido moralista peyorativo.

A primera vista entonces el uso analítico de este significante es importante; ahora bien, si se atiende a la lógica de las cosas se verá que porta una mayor legitimidad cultural. Así que la intención de desplegar una mirada crítica se hace una tarea poblada de obstáculos. Se podría decir sin ambigüedades y recurriendo al habla popular coloquial que este significante es un potro difícil de domar. Quizás entonces una de las aproximaciones posibles para decir algo de su espíritu esquivo, engañoso, sea asumir esa condición rebelde. Abordar concretamente su carácter problemático. Y hacerlo a través de indicadores que en cierta medida condensen lo que

es su uso académico; intentando a la vez, un acercamiento que implique historizar algunos de esos sentidos comunes que actúan de manera implícita como una verdadera fuerza colectiva legitimadora. Fuerza que, como se intentará hipotetizar aquí, no es posible trasgredir sino al precio de quedar asociado a formas arcaicas de la cultura, a lo que en sus momentos más potentes este sentido común habría calificado como una forma de barbarie.

Para dar cuenta del carácter ineficiente y confuso de la categoría populismo la manera más evidente de hacerlo es localizar –tarea que no requiere demasiado esfuerzo– lo que podrían llamarse las advertencias previas sobre el problema de su uso en los trabajos responsables que se ocupan de la cuestión y, sobre todo, de aquellos más abarcativos que intentan –y al fin y al cabo lo hacen– presentar una visión sustentada en el análisis de casos concretos, inspirados en esta ventana de entrada a fenómenos y prácticas diversas. Se podrían observar cientos de artículos que se han valido de este significante para decir algo sobre distintas dimensiones de la política latinoamericana, y se vería que en el mejor de los casos se abre algún paraguas frente al concepto aunque se sigue andando con poderosos sentidos comunes a cuestas, pero se ha preferido observar cómo se presentan estas advertencias en dos libros significativos en tanto son consulta obligatoria cuando es pertinente decir algo sobre la cuestión en América Latina, porque de alguna manera condensan los aspectos que aquí interesan de ese universo. Publicado uno en 1994 y el otro en 1998, forman parte de la bibliografía de cada seminario de grado y posgrado, y de los pertrechos esenciales con que debe contar cualquier investigador que decida acercarse e intentar decir algo sobre la cuestión. Se trata de dos compilaciones, la primera publicada en México en 1994 a cuyo cargo estuvo Carlos M Vilas, y la segunda en Buenos Aires, en 1998, organizada por María Moira Mackinon y Mario Alberto Petrone. Los compiladores, en cada uno de los casos hacen una presentación con reflexivos artículos que funcionan a la manera de prólogo de los distintos trabajos que conforman cada libro, y que son escritos por reconocidos investigadores e intelectuales de la Sociología Política.

En el estudio preliminar de la compilación de Carlos M. Vilas, el párrafo primero ya advierte sobre lo que parece imprescindible advertir y lo hace de manera contundente a través de conceptualizaciones coincidentes con las enunciaciones que estas líneas vienen desarrollando.

Que en América Latina ningún dirigente ni organización, ni régimen, programa o estrategia se ha llamado a sí mismo populista, a diferencia de los populismos originarios como el norteamericano y el ruso (Canovan, 1981), es para este estudio preliminar el indicador de que en la región el “término populismo aparece signado por una fuerte carga negativa, de tal manera que el término se convierte en un simple adjetivo peyorativo, cuando no en un vulgar exabrupto” (Vilas, 1995, p. 12). Y para corroborar lo antedicho inmediatamente después cita una frase del sociólogo israelí Joseph Hodara: “el populismo es una forma de primitivismo, de romanticismo místico, antintelectual, de misticismo secular y manipulador” (en Vilas, 1995, p. 12).

En los distintos espacios culturales hay, para una mirada relacional e histórica, luchas por la imposición de visiones del mundo que resultan constitutivas de esos espacios. Estas luchas adquieren diferentes formas y se dan con distinta intensidad, si se trata de la disputa por la redefinición de una categoría que intenta dar cuenta de un fenómeno específico en una zona muy especializada del campo científico, o si lo que se aborda es alguna dimensión de un proceso social significativo de la sociedad que de algún modo influye en las sensibilidades de amplios sectores de población. La disputa por la noción de pueblo es siempre significativa en el campo cultural, porque lo es también para la sociedad en general. Las variantes de pueblo en las tradiciones racionalistas herederas de la ilustración, tanto como las tensiones románticas que influyeron en ella, y quizás con menos extensión las derivadas del romanticismo reaccionario, se agitaron durante los grandes momentos de cambio durante las últimas dos centurias, y quizás con más intensidad desde la segunda mitad del siglo XIX hasta los años setenta del siglo XX. En los directos períodos de efervescencia social tanto como en los posteriores en que siguieron

resonando sus ecos, estas miradas sobre el pueblo, ancladas en variantes de esas tradiciones, quizás mezcladas y hasta confusamente mezcladas con elementos de otras tradiciones, tuvieron su peso de manera directa o indirecta en el mundo del arte, de la ciencia, de la cultura en general y de la política.

Definir al pueblo como el garante del pacto democrático, como instancia legitimante del gobierno civil, le da a esa noción una gran positividad; hacerlo convirtiéndolo en proletariado, sujeto privilegiado del cambio, también; y del mismo modo cuando se lo imagina como la expresión del mundo de los oprimidos potencialmente rebeldes. A la vez, y con las variantes de cada caso, la transformación efectiva de esos agentes del pueblo en ciudadanos, en proletariado consiente, o en rebeldes revolucionarios, implica erradicar de ese mundo concreto los aspectos culturales considerados arcaicos, que pueden ser pensados, o bien como formas de vida primitiva a superar para lograr el bienestar de los ciudadanos, o bien legitimadores y reproductores de la opresión: claramente la ignorancia, posibilitando la apropiación de los bienes de la cultura universal; la superstición, en tanto obstáculo en la construcción del ciudadano moderno, o definida como elemento alienante funcional a la reproducción de un orden opresivo.

Estas tradiciones son la herencia –con sus idas y vueltas, con sus resignificaciones– de la razón ilustrada: el gran *humus* sobre el que se alza el mundo cultural moderno. En ellas, o en elementos significativos de ellas, vitalizados por distintas experiencias históricas, los aspectos reprobables de lo popular son equiparables a lo que en términos estéticos estas miradas centrales del mundo moderno definen como vulgaridad: las formas que de algún modo conmueven o llaman la atención porque se ofrecen directamente a los sentidos sin la mediación del intelecto. Los colores, los cuerpos, los gestos, produciendo lo que coloquialmente se conoce como golpe bajo, sin esa mediación, sin la distancia de la reflexión. La vulgaridad en términos estéticos es lo que el pensamiento moderno rechaza vehementemente porque allí está lo primitivo, lo anterior a la

razón, la animalidad que hay en la especie humana. A mediados del siglo XVIII David Hume escribe “De la delicadeza en el gusto y la templanza en la pasión”, y allí afirma que la relación con la cultura universal, con los “gustos elevados”, es un recurso que permite contener “los azotes de la pasión”. Cincuenta años después Immanuel Kant en la primera parte de *Crítica del Juicio*, en dónde se refiere al juicio estético, construirá una caracterización que supone una diferencia fuerte y jerárquica entre el gusto de los sentidos y el gusto puro. El gusto de los sentidos “el gusto de la lengua del paladar y de la garganta” es el placer inmediato, sin mediaciones, el que remite a lo que hay de animalidad en lo humano. Hay una superioridad en ese mundo kantiano, por supuesto, del gusto puro, cuya característica central será el rechazo a los gustos vulgares entendidos, de esa manera, como lo que cuesta poco, lo fácil, lo simple.

Estos elementos serán altamente productivos en la conformación de sensibilidades en distintos espacios culturales. Es verdad que hay momentos en donde parecen activarse con más fuerza, y son aquellos en los que parecen resurgir pensamientos y prácticas pensado por estas perspectivas, como arcaicos, que significan un obstáculo al mejoramiento de la especie humana, que tienen, en fin, un carácter reaccionario. Es en estos contextos en los que la denostación de lo popular en tanto popular tradicional, en tanto popular alienado, reducido a servidumbre, cobra una extraordinaria vitalidad. Cuando formas de gobierno se valen de las tradiciones religiosas, con o sin ellas, intentan extinguir la noción de ciudadano de la república, de revolucionario consiente, de oprimido rebelde a la autoridad tradicional, es cuando aparecen con fuerza no menor los sentidos peyorativos para nombrar lo popular. Sobre esas experiencias fortísimas, conmovedoras, porque amenazan ni más ni menos que la mismísima existencia moderna del mundo cultural, es que se alzarán el sintagma populismo de alguna manera como el arma que nombra formas contemporáneas del oscurantismo que no necesariamente se presentarán bajo la forma pura de la cruz y la espada, y que inclusive podrá valer-se de gestos modernos como la incorporación de grandes masas de población al mundo del trabajo formal y el consumo. La relación empática

con lo popular que desacomodan los senderos posibles de esas tradiciones modernas y la creencia de que esas experiencias se fundan sobre un anti-intelectualismo tradicional, o por lo menos sobre una voluntad de desautorización de aspectos de la cultura moderna, serán centrales para vitalizar la palabra populismo.

Derrotadas las experiencias revolucionarias en América Latina, caído el muro de Berlín, y luego afianzado un pensamiento único que resultaría en formas caricaturizadas de liberalismo republicano, como la que expresa el actual presidente argentino Javier Milei, las distintas columnas de esa tradición se fueron desmoronando. Y se trataba efectivamente de una gran tradición, que en su andar real tropezó muchas veces, pero que no obstante era un gran sueño, por el cual los recursos de la razón se ponían al servicio del mejoramiento de la especie humana. Hoy la palabra populismo continúa teniendo sentidos diversos y muchos más que en otros momentos, pero ya no contiene esa arbitrariedad trascendente que le otorgaba alguna fuerza. Banalizada la política convencional y las palabras de la política en el marco de un fin de época, agujereada la autonomía de los campos culturales y académicos, populismo ya no es otra cosa que un recurso superficial para no decir nada. Despojado de esa trascendencia redimidora queda portando exclusivamente el sentido peyorativo, aunque inercialmente conservando legitimidad académica. Y es por esto que más crudamente que en otro momento es un significante que engaña, confuso en el mejor de los casos, decididamente tramposo.

Buenos Aires, marzo de 2024

BIBLIOGRAFÍA

Rubinich, Lucas. POPULISMO: UN SIGNIFICANTE TRAMPOSO; 7 ENSAYOS. Revista latinoamericana de sociología, política y cultura.

- Borges, Jorge Luis (1963). El idioma de los argentinos. Emecé
- Borges, Jorge Luis (1996). Los teólogos. Obras completas I. Emecé.
- Bourdieu, Pierre (1985). Qué significa hablar. Akal.
- Canovan, Margaret (1981). Populism. Harcoun Bracejovanovich.
- Durkheim, Émile (1991). Formas elementales de la vida religiosa. Colofón.
- Levitzky, Steven; y Ziblatt, Daniel (2018). Cómo mueren las democracias. Ariel.
- Lipset, Seymour Martin (1963). El hombre político. Eudeba.
- Mackinnon, María Moira; y Petrone, Mario Alberto (Comps.). (1999). Los complejos de la Cenicienta. En Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cenicienta. Eudeba.
- Vilas, Carlos María (Comp.). (1995). La democratización fundamental. El populismo en América Latina. Colegio de México. Consejo nacional para la cultura y las artes.





Las izquierdas, el progresismo y el populismo, ¿forjadores de una coyuntura insospechada?

Controversias entre pensamientos, realidades y prácticas

Isabel Rauber*

“La historia enseña como una maestra despiadada; no nos dice lo que debemos hacer sino lo que *no debemos* hacer. Solo nos ayuda a hacer dialécticos los fracasos, lo que no es poco. Aprender de ellos es, ante todo, una forma de supervivencia de los pueblos.”

J. W. Cooke

1. Breves consideraciones de partida

En el presente vivimos la conmoción de un capitalismo colapsado y en transformación de sus pilares básicos de acumulación de sus riquezas;

- * Dra. en Filosofía. Profesora de la Universidad Nacional de Lanús. Estudiosa de los movimientos sociales y los procesos de construcción de poder popular desde abajo en el continente. Directora del Departamento de Estudios del Tercer Mundo, del CIEPE. Integrante del Grupo de Trabajo de CLACSO Izquierdas y luchas sociales en América Latina (2023-2025).

el propio concepto “riqueza” ha mutado, calificando como tal a las fuentes de vida (energías, agua, biodiversidad, alimentación, comunicaciones...); se han modificado (ampliado, diversificado y multiplicado) de raíz las bases de la explotación humana y, por tanto, los ejes, las dimensiones y alcances de su dominio. En procesos desenfrenados de saqueo y apropiación de recursos indispensables para la vida, el capital multiplica su capacidad destructiva incorporando como parte de ella, claramente, a los seres humanos deshumanizados, llenos de egoísmo, individualismo extremo, odio, racismo, xenofobia y exclusión. Apropiarse de los recursos indispensables para la vida en los territorios donde estén, modifica de plano lo que hasta hace poco se consideraba “injerencismo” (y soberanía) posibilitando a las grandes corporaciones la apropiación plena de las riquezas de los pueblos (despojo o entrega), a la vez que asegura al capital una mayor capacidad de extorsión-explotación de la humanidad; conjugado con ello, se amplía así su circuito y la velocidad de obtención de ganancias a escala planetaria. Y esto no es una resultante directa ni exclusiva de la tecnología, sino que -con su apoyo-, se planifican saqueos combinados generalmente con el florecimiento de guerras “eternas” regionales que garanticen el acceso y dominio a determinadas riquezas previamente seleccionadas, con la multiplicación de enfermedades como la pandemia del COVID 19 -de dudoso origen-, y otras que puedan sobrevenir... desarrolladas con la finalidad de insuflar miedo a los pueblos del mundo. El miedo emparentado con el odio sumando a todo lo que cada uno pueda imaginar según sean los escenarios locales, es un importante vehículo estratégico para la sumisión global de la humanidad al poder del capital.

No estamos ya en presencia del capital que emergió producto de la llamada “acumulación originaria” y la extracción-apropiación de la plusvalía. Sin dejar de estar presente, aquella extracción de plusvalor ha mutado y se ha ampliado; hoy se enclava cada vez con mayor fiereza en obtener -a cualquier coste- el control de los recursos indispensables para la vida. Ya no le interesa a sus agentes ocupar y dirigir territorios; al contrario, buscan colocar a gobernantes cuya gestión les posibilite desintegrar

a los Estados-Nación, desorganizarlos, atomizarlos, impulsar golpes de Estado bajo nuevas formas, defenestrar gobernantes “desobedientes”, enfrentar a las poblaciones entre sí despertando viejos enfrentamientos por demarcaciones fronterizas, identidades culturales, lenguas, religiones, etnias... Propician la emergencia de gobernantes-empleados que les “cedan” la exclusividad en el usufructo de los recursos (petróleo, agua, gas, litio, biodiversidad...) y contribuyan a la fragmentación del continente generando hostilidad y enfrentamientos entre países (por ejemplo, la intrusión de fuerzas policiales Ecuador en la sede de la Embajada de México en Quito, llevada a cabo por mandato del presidente Noboa).

Este *capitalismo mutante*, en abierta y desenfrenada ferocidad y amenaza para la vida, instaló la *contradicción vida-muerte* en el centro del quehacer político. Esto impone en perspectiva, pero sin demoras, una reorganización de los posicionamientos, las prácticas, los pensamientos y las propuestas políticas para enfrentarlo. Lo principal frente a la amenaza global de muerte, es defender la vida. Y ello no es tarea de pequeños grupos, ni de algunos partidos políticos ni de grupos intelectuales; es una gesta que reclama la acción colectiva -interarticulada- de la humanidad. Esto supone que la concepción sistémica, integral, de la problemática a enfrentar así como de las resistencias y las alternativas, sea parte, esté presente activamente en las propuestas de los quehaceres políticos de los pueblos y las organizaciones sociales y políticas de izquierda o progresistas en este tiempo.

La cualidad tensional vida-muerte es alimentada raizalmente por el capitalismo financiero en el siglo XXI y marca un cambio radical respecto del tiempo histórico que prevaleció en el siglo XX. La lógica del capital en el siglo XXI no solo afianza nuevos mecanismos de hegemonía global, sino que, en tanto ella emerge conjuntamente con el abrumador desplome y derrumbe, por implosión, del sistema socialista mundial, acuña -a la vez- la negación de toda otra posibilidad de mundo: No existe posibilidad de vida por fuera del mercado regido por el capital. “No hay alternativa” sentenció M. Thatcher, y las supuestas pruebas de ello se evidenciaron con la

caída del muro de Berlín. Desde entonces, la proclamación del “fin de la historia” coronó la supremacía ideológica del capital.

El triunfo del capitalismo sobre el socialismo parecía haber logrado, por fin, la hegemonía global del capital. Pero no duraría mucho el romanticismo del mercado, el 1 de enero de 1994, el levantamiento zapatista evaporó -desde las entrañas de México-, la premonición de Castañeda. La rebelión de 12 días del EZLN recordó al mundo que -por muchos discursos que inundaran a la opinión pública-, los pueblos no eran suicidas y no se abandonarían a la muerte propugnada por el capital. Se evidenció crudamente que la contradicción capital-trabajo (saqueo-explotación) no solo no había desaparecido, sino que se acentuó. La lucha de clases recobró raudamente su lugar en los conflictos sociales, visibilizando en ellos -de hecho- a una amplia diversidad de sujetos protagonistas y a sus reclamos. Sin intermediarios, sin portavoces ni interpretes ilustrados, ante el silencio o desorientación de la izquierda y el progresismo, el llamado “grito del sujeto” anunciaba la determinación de los pueblos de no rendirse, de continuar luchando por el bienestar colectivo. Aunque sin tener en común un horizonte futuro esclarecido, lo fundamental estaba claro: con el capital no hay salida.

En esta realidad resulta claro que actualmente no se vive la “época del tránsito del capitalismo al socialismo”, sino la época de la victoria global del capitalismo por sobre el socialismo (realmente existente) y más profundamente, por sobre sus ideales de justicia social, su propuesta socioeconómica, su modelo de Estado y democracia, y su relación con la economía y la sociedad (ciudadanía). La nueva realidad del sistema mundo, está marcada, por un lado, por el fin del conflicto Este-Oeste instalando consiguientemente la convicción de que el capitalismo resulta el único sistema viable del mundo.

Por otro lado, el fin de la época histórica del siglo XX sobreviene con las transformaciones que han tenido y tienen lugar en el seno del capitalismo. De ello resulta que el capitalismo que, supuestamente, engendraría

las condiciones objetivas para el “ineludible” socialismo -si alguna vez existió-, ya no existe. Su capacidad para generar y adaptarse a las innovaciones y los cambios a la vez que los va forjando, aunada con la cooptación de los actores económicos y sociales de cada momento, lo ha ido transformando desde la raíz, acelerando, a la vez, la frecuencia de sus períodos de crisis tendencialmente yuxtapuestas y sin solución. Ante la imposibilidad de resolver los problemas que genera, los agentes del capital apelan a salidas extremas que afianzan su pulsión de muerte. Se multiplican las guerras constantemente; se crean enemigos reales o ficticios; la acumulación mediante la explotación humana -sin eliminarla-, se extiende a la explotación por desposesión, es decir, al saqueo de los recursos esenciales para la vida en el planeta y a la financiarización de la expansión y ocupación directa o indirecta de regiones geoeconómicas, geopolíticas y geoestratégicas para el capital.

2. El siglo XX y los ejes estratégicos de las izquierdas

Para las izquierdas, a partir de la Revolución de Octubre de 1917 se abrió una nueva época histórica. Esta estuvo signada por el “tránsito del capitalismo al socialismo”, definición que marcó su quehacer político en el mundo en el siglo XX:

- Con un mundo dividido entre capitalismo y socialismo: los considerados revolucionarios, tenían como eje de sus metas estratégicas *instalar* el socialismo mediante la *toma del poder*, para tomar el control del Estado y, a través suyo, de la economía y el metabolismo social.
- Quienes optaban por el *socialismo* sin proponer la toma del poder, sino un proceso gradual de reformas encaminadas a llegar a él por una *vía pacífica*, eran por lo general, denominados *reformistas* (Allende incluido).

- Quienes considerando inviable la opción socialista en cualquiera de sus variantes (reformista o revolucionaria), optaban por reformas para mejorar el capitalismo, por ejemplo, el llamado “Estado de bienestar”; pueden englobarse dentro de la definición de *progresistas*, aunque frecuentemente también fueron identificados como *reformistas*, por hacer de las reformas un camino de mejoras sociales.

3. Las izquierdas en los albores del siglo XXI

Hoy se evidencia la gran *desactualización* que tienen las propuestas de las izquierdas y el progresismo respecto de los retos del *capitalismo* actual, de sus transformaciones productivas y organizacionales y de la explotación de los obreros, combinadas con los cambios producidos por la incorporación de la tecnología, la electrónica, la robótica y la realidad virtual...

Conjugando la metamorfosis del capitalismo con la emergencia de un nuevo sistema mundo en el siglo XXI, las viejas opciones revolucionarias, reformistas o progresistas y sus propuestas, fueron quedando vacías de contenido, huérfanas de significación política. El capitalismo propio de los siglos XIX y XX ya no existe, ya no puede pensarse como el creador de una riqueza generalizada como condición para su distribución social revolución mediante. La vía revolucionaria que propugnaba la toma del poder (única considerada “revolucionaria” en el XX), quedó fuera del juego político, ergo, su escasa evocación en el presente se restringe al campo de la retórica. Así,

- Surgieron nuevas modalidades revolucionarias que, en cierta medida, recuperaron el planteamiento de la llamada *vía pacífica* (*reformista*) sostenida e implementada por Salvador Allende en Chile. Por ejemplo, la propuesta de Hugo Chávez, en Venezuela, con su llamado a construir un “socialismo democrático” inicialmente

y que, en poco tiempo, dio lugar a su propuesta del “socialismo del siglo XXI”. Otro ejemplo se encuentra en la experiencia boliviana. La misma se propuso transformar el sistema social desde la raíz mediante un proceso de reformas continuas y encadenadas, que denominaron “revolución democrática cultural”, pues se asentaba en procesos simultáneos de descolonización e interculturalidad.

- Estas nuevas opciones revolucionarias instalaron un *reformismo revolucionario*. Suponía *transitar por períodos de reformas* en cuyo proceso desplegarían transformaciones que -aunque nacieran desde la raíz de las estructuras y los mecanismos de producción y reproducción del capitalismo existente-, requerirían la concurrencia articulada de múltiples procesos de cambios sociales. Un ejemplo recurrente han sido las reformas constitucionales que tuvieron lugar en Venezuela y Bolivia mediante procesos de asambleas constituyentes y también en Ecuador, aunque con sus peculiaridades. Las asambleas constituyentes marcaron un tiempo de organización participación y debates en la sociedad toda, signado por la participación de los pueblos históricamente excluidos de la palabra y la representación. Estos procesos constituyentes estuvieron interconectados con múltiples y diversas reformas a partir de las cuales, en encadenamiento, ir avanzando hacia una transformación integral de la sociedad. Esto, anudado siempre con crecientes procesos de descolonización e interculturalidad, toda vez que esta propuesta revolucionaria reivindica a los pueblos indígenas como sujetos de su historia y, por tanto, también, como actores sociales y políticos que conforman y dan cuerpo al sujeto político colectivo, diverso y plural. Un ejemplo claro de ello reside en el proceso boliviano, particularmente en los años 2006-2010.
- El *reformismo tradicional* del siglo XX recuperó fuerzas, pues -a su entender- los hechos del pasado reciente le otorgaban la razón (entendida como “verdad histórica”): Las reformas son el camino. Este reformismo -que podría definirse como acotado a los márgenes del capitalismo-, resulta predominante en gran parte de la

izquierda político partidaria tradicional en el arranque del siglo XXI. Derrotadas ideológicamente por el desplome del llamado socialismo real, al que no pocos “veneraban” acríticamente, el desánimo se generalizó en sus filas y no se propusieron ya explorar ni crear nuevos caminos de superación del capitalismo. Autoconvencidas de que “no se puede” salir del capitalismo ni romper con él, estas izquierdas asumieron como válidas las viejas propuestas del reformismo del siglo XX y limitan hoy sus propuestas políticas a presentar caminos de *reformas para mejorar el capitalismo*, para humanizarlo, *como si* ello fuera viable en su tiempo histórico actual. En un estado de confusión generalizada, suponen que la vieja propuesta reformista es equiparable con la estrategia sostenida actualmente por el *reformismo revolucionario*, con el cual pretenden ser identificadas. Aspiran a construir *Estados de bienestar* en el continente mediante reformas puntuales, y esto condensa un error histórico sobre el que vale detenerse brevemente. Una cosa fueron los *Estados de bienestar* como contrapropuesta al socialismo este-europeo, es decir, propios del mundo signado por la contradicción Este-Oeste (capitalismo-socialismo), y otra cosa es pretender revivirlos cuando el capitalismo en su apogeo hegemónico los dismantela por doquier y adopta un rostro neoliberal neocolonialista cada vez más absoluto, desplegando en el presente a sus versiones de *ultra-neoliberalismo*. De espaldas a esta realidad estas izquierdas se proponen nuevamente metas que se hunden en el pantano de la hegemonía global del capital, en la cual el propio *Estado de bienestar* (capitalista) resulta intolerable. En síntesis: la izquierda reformista actual no es tal por aspirar al socialismo sin proponer la toma del poder, sino por su renuncia contundente a salir del sistema mundo gestado y regido por el capital. En este sentido su proyección sociopolítica va a converger con el progresismo y el populismo.

- El llamado *progresismo*, propio de este tiempo, resulta entre las variaciones del reformismo tradicional contemporáneo. Emergió

como un espacio político intermedio: no se reconocía socialista pues este sistema había fracasado y, por consiguiente, tampoco revolucionario, ni reformista, según la vieja usanza. Buscó erigirse en una suerte de tercera vía: rechazaba el capitalismo, pero no tanto, convivía con el “socialismo del siglo XXI”, pero no tanto... Apoya todo lo que implica -a su entender-, hacer justicia con los sectores populares: distribución del ingreso (a lo Piketty), acceso a beneficios sociales y económicos, educación y salud pública gratuitos... Sus objetivos se centran en obtener logros puntuales, no pocas veces efímeros (limitados al/los período/s gubernamental/es). Una de sus características distintivas radica en que sus planteamientos de reformas -si bien están marcados por la derrota del socialismo a nivel mundial-, no reflejan una conversión de partidos otrora “revolucionarios”, sino que se centran en propuestas partidarias que encuentran (o así lo creen) en este tiempo, *opciones posibles* para “mejorar” la vida de los ciudadanos. En virtud de ello, puede afirmarse que el progresismo actual está compuesto por diversas identidades políticas e ideológicas cuyas características centrales proponen: distribución de la riqueza (más bien de la renta), reducción de las grandes brechas de desigualdades, propuestas de preservación de la naturaleza y el medioambiente, institucionalidad sostenible y confiable (seguridad jurídica), respeto a la democracia (identificada generalmente con “alternancia”) y, en algunos casos, propuestas de integración regional y abandono del desarrollismo o neodesarrollismo extractivista... Por ejemplo: el gobierno del PT, en Brasil: considerado reformista ayer (siglo XX), hoy se visualiza claramente como un baluarte del progresismo en este continente.

Otro ejemplo de ello puede encontrarse en las propuestas de la Internacional Progresista. “Nuestra misión es construir un frente planetario de fuerzas progresistas. Definimos progresista como la aspiración a un mundo que sea: democrático, descolonizado, justo, igualitario, liberado, feminista, ecológico, pacífico, poscapitalista,

próspero, plural y unido por un amor radical.” (<https://progressive.international/declaration/es>).

- El *populismo* -o más claramente *los populismos* dado que este fenómeno abarca desde posiciones de derecha a extrema derecha, hasta posiciones de una izquierda levemente reformista, moderada o muy moderada en Latinoamérica-, resulta un fenómeno predominantemente político (Casullo), con fuertes raíces en la historia sociopolítica del continente, particularmente si se lo considera desde el ángulo de “lo popular”, desde el cual estaría vinculado con el fortalecimiento de procesos populares por conquistas de derechos y participación en las definiciones políticas. En general constituye un movimiento colectivo (incluso virtual), proclive a reforzar o respaldar la figura de un líder o caudillo y sus propuestas. Otras veces es conformado alrededor de una figura carismática, viéndose sus seguidores reflejados en quien devendrá “su líder”.

Ahora bien, no todos los procesos calificados de populistas lo son. Y no todos los populismos son de formato e identidad “popular”. En realidad, como varios estudiosos del tema lo consideran, se trata de un concepto confuso, ya que se emplea para denominar a todo proceso político que no se logra comprender (o encasillar), o al que se desea denostar, según sea la procedencia del calificativo “populista”.

- Puede hablarse de *populismos de izquierda*, por su tendencia a impulsar reformas o políticas públicas que benefician a amplias capas de la población (el pueblo), sin plantearse una transformación estructural del metabolismo social. Por ejemplo, gobierno de Alberto Fernández, Argentina.

- Puede identificarse también una *izquierda populista*. Esta no propone el socialismo como alternativa, sino que se limita a impulsar propuestas puntuales temáticas que conciten apoyo popular, pero sin vincularlas con una estrategia integral de transformación social. En virtud de ello, sus políticas -que pueden ser

justas y necesarias en un momento dado-, quedan empantanadas frecuentemente en el asistencialismo. No existe un gobierno que pueda definirse claramente como de “izquierda populista”, sin embargo, hay sectores de izquierda que participan de gobiernos que levantan y defienden estas políticas sin plantearse articularlas con un horizonte de cambios. Por ejemplo, el gobierno del PT, en Brasil (Mastrángelo *et al*, 2023: 278-279). En realidad, estos sectores ni sostienen propuestas de izquierda (transformación raizal de la sociedad) ni del populismo tradicional; constituyen un fenómeno intermedio.

- Contrastando con esto, en la actualidad se han conformado también -y fuertemente-, *populismos de raíces antipopulares* (de derecha o ultraderecha, según sus objetivos y proyecciones), que paradójicamente movilizan de alguna manera multitudes aparentemente “dormidas”, orilladas o desencantadas de los partidos políticos tradicionales y sus referentes y se consolidan como procesos políticos con liderazgos fuertes que, como sostiene Casullo, tienden a generar e incrementar tensiones con las instituciones establecidas, a las que acusan de representar al *statu quo* (contra el pueblo).

Lo dicho significa que ya no es posible sostener hoy que, en Latinoamérica, “el populismo” tenga como característica el sesgo progresista de sus políticas (Mastrángelo *et al*, 2023); ello depende en gran medida, de sus orígenes. Tampoco puede afirmarse que “la izquierda” representa o es parte de los movimientos políticos que cuestionan el capitalismo como sistema social y económico, salvo que se asuma como cuestionamiento a lo discursivo.

Esto abre múltiples interrogantes acerca de cuáles fenómenos o procesos políticos pueden definirse como “populistas” en el presente y, cuáles serían, a diferencia de estos, los progresistas, cuáles los de izquierda, cuáles los reformistas, cuáles los revolucionarios. En general se aprecian

procesos que encadenan populismo, progresismo, reformismo y, aunque en menor medida, a la izquierda (en alguna de sus variantes).

3.1. Los gobiernos populares de inicio del siglo XXI

Luego de arduas batallas y resistencias sociales, el amanecer del nuevo siglo trajo consigo la irrupción política de fuertes movimientos sociales populares en el continente, actores protagonistas o puntales claves para el triunfo electoral de candidatos populares y la instalación de gobiernos del mismo corte con variaciones progresistas, populistas o de izquierdas.

Los gobiernos de Chávez, Lula, Kirchner, Evo Morales, Correa configuraron el surgimiento de un nuevo tiempo político continental, pleno de oportunidades para la integración en base a programas comunes combinados de impulso al desarrollo económico y social en la región. Se dieron grandes pasos de avance en transformaciones internas y en la articulación regional.

La realización de *Asambleas Constituyentes* marcó en punto de partida importante para avanzar en las transformaciones raizales y para la constitución de nuevos Estados, en Venezuela, en Bolivia, en Ecuador, aunque con diferencias notables entre ellas.

En casi todos los casos hubo que esclarecer que el triunfo electoral de candidatos populares, progresistas o de izquierdas no podía interpretarse como “la toma del poder” mediante las urnas, considerada “vía pacífica”. Pero esto no simplificó el quehacer político de los gobiernos populares ni sus agendas políticas locales y regionales. Hubo gobernantes que se empeñaron en promover cambios sociales raizales, buscando caminos para hacer de sus administraciones estatales herramientas políticas capaces de impulsar procesos socioculturales de cambios. Y otros optaron por hacer una *administración prolija* para mostrar su eficiencia, esperando tal vez ser aprobados por los poderosos.

En cualquier caso, no todo fueron rosas.

Un recuento crítico de los acontecimientos políticos vividos en las últimas dos décadas revela que las propuestas políticas que definieron el quehacer de los gobiernos populares en su primer período estuvieron marcadas por la urgencia de responder a la catástrofe neoliberal, de ahí su caracterización básica como “gobiernos posneoliberales”. Pero ese tiempo posneoliberal concluyó y aquellas democracias populares agotaron sus agendas.

Se abrió un tiempo que planteó nuevas problemáticas, tareas y sujetos, marcando desafíos diversos, en general no previstos. Pero esto no fue captado por los liderazgos políticos. Ellos percibieron el agotamiento de la primera etapa, pero mantuvieron sus dinámicas lineales estructuradas previamente sin atender a los sujetos y sus reclamos (Bolivia, Ecuador, Brasil).

Dos opciones políticas planteaban sus exigencias ante la coyuntura: conservar o profundizar. Conservar lo logrado fue el camino más elegido y se tradujo rápidamente en inmovilismo y retroceso; profundizar los cambios para preservarlos quedó fuera de los escenarios elegidos.

Esta decisión colocó a los gobiernos populares a la defensiva. Esta es una primera definición política clave pues contribuye a comprender lo que vino después.

Algunos gobernantes decidieron que para conservar el gobierno era importante

- Hacer pactos de gobernabilidad con sectores del poder (que buscaría derrocarlos).
- Fortalecer los acuerdos de cúpulas aliándose con sectores del poder económico y político considerados moderados... (cogobernar).
- Aferrarse al respeto de una institucionalidad caduca, apostando a hacer “buena letra” para demostrar la voluntad democrático-institucional de los gobiernos populares, como si ello fuera un aspecto

central en las confrontaciones con los sectores del poder dominante. Suponiendo, además, que tales sectores se atienen al derecho, cuando en realidad han demostrado todo lo contrario en el curso de la historia.

- Ajustarse al sistema democrático existente y su sistema jurídico, buscando “obedecer las reglas” ante los poderosos. Pero las democracias no son inocuas; son parte del modelo sistémico excluyente del poder político institucional del capital, al cual responden. Y es bajo ese paraguas democrático que coexisten y se interdefinen: gobierno, Estado, poderes legislativo y judicial, y el modo de producción y reproducción social. A este sistema político-económico-social y cultural corresponde una modalidad de gobierno (y de gobernar) que se asume cuando se ganan elecciones. Es evidente entonces que, si no se encara una transformación integral y sistémica de sus bases, de su funcionamiento y de los sujetos político-sociales que le corresponden y a los que responde, el círculo del poder irá cerrándose primero gradualmente hasta sacar a relucir toda la agresividad ofensiva que lo ha caracterizado históricamente para provocar el derrumbe de los gobiernos (golpes blandos o institucionales, la modalidad de este tiempo en el siglo XXI).

Lo expuesto –aunque sintético–, arroja argumentos suficientes para comprender que los tres elementos mencionados, articulados, constituyen una de las mayores debilidades políticas de los gobiernos populares: regirse por los códigos establecidos por las democracias burguesas (de mercado y para el mercado); concentrar la política en pocas manos (partido/s ganador/es de las elecciones) y no abrir las puertas del Estado y el gobierno a la participación protagónica de los sectores populares, de las comunas, de las comunidades, de los movimientos sociales....

Se configuró así una brecha político-social entre el pueblo creador constructor de lo nuevo y el gobierno popular, donde germinaron contradicciones insospechadas entre el poder popular naciente (en construcción desde abajo por los pueblos) y el viejo poder constituido, personificado

por representantes del gobierno popular. Esta brecha contribuyó a acen-
tuar la disputa política “natural” hacia el traspaso-devolución de los po-
deres institucionales y simbólicos a sus dueños históricos: los grandes
grupos empresarios, la banca y el sector financiero trasnacionales.

Por otro lado, los gobernantes que tomaron la decisión de profundizar
los procesos iniciados, radicalizándolos, asumieron un camino lleno de
incertidumbres y de contradicciones.

Se trata de una apuesta a la creación de lo nuevo. Y en tanto lo nuevo es
inédito, no existe definido a priori en ningún texto político-partidario ni
en algún manual; es y será obra de la creación y empeño colectivos de
los pueblos. La prueba y el error atravesaron estas experiencias y de ellas
emanan con fuerza elementos a tomar en cuenta pues podrán constituir
bases de un nuevo poder popular y enriquecer la maduración de nuevos
saberes acerca de él. Optar por este camino de búsquedas habla de una
definición política a favor de la vida enlazada con la determinación de la
conciencia y la voluntad colectivas de los pueblos de organizarse y cons-
tituirse en sujeto (político-social) popular articulado, para ir transitan-
do –en medio de diversas contradicciones y conflictos-, el camino de la
creación y construcción del poder popular desde abajo, orientado hacia
lo que un día podrá llegar a ser una nueva civilización.

Esta perspectiva estratégica revolucionaria –aunque pretenda invisibili-
zarse tras el discurso del “fin de ciclo” de la llamada primera ola progre-
sista-, late hoy también en el continente y aguijonea la pulseada con los
poderosos y sus apéndices locales. Contradicciones y amenazas florecen
por doquier y convocan a los pueblos, a las organizaciones sociales y po-
líticas y a los gobiernos populares, revolucionarios o progresistas, a hacer
un alto en el camino, analizar las políticas actuales y la correlación de
fuerzas, reflexionar críticamente acerca de lo realizado y definir –colec-
tivamente- un camino a seguir: ceder para conservar (retroceder) o pro-
fundizar para avanzar.

A partir de aquí puede reinterpretarse el alcance de lo que se ha logrado y sus limitaciones, emergerán también nuevas tareas y se configurarán los sujetos sociales y políticos que las definirán, concretarán y sostendrán en sus prácticas. La adopción de uno u otro enfoque arrojará conclusiones tal vez novedosas o sorprendentes para el quehacer político actual. Y, en tanto tal, constituyen un punto neurálgico de bifurcación política de los procesos populares, progresistas o revolucionarios del continente.

4. Segunda década del XXI: nuevos actores configuran una coyuntura insospechada

4.1. La “segunda ola” progresista

Luego de un breve “paréntesis” con gobiernos de otro corte político, de la mano de las resistencias y luchas sociales, anteriores organizaciones políticas recuperaron gobiernos (Bolivia, Brasil, Argentina); también lograron victorias nuevas identidades y propuestas políticas, como ha sido el caso del triunfo Gustavo Petro, en Colombia. Emergieron nuevos gobiernos de “tinte” popular, progresista o de izquierda, dando lugar a lo que algunos han dado en llamar la “segunda ola progresista”.

Emergieron políticamente debilitados en relación con la primera irrupción de los gobiernos populares-progresistas de principios del siglo XXI, sin embargo, muchos analistas apresuraron conclusiones que considero desacertadas, pues según ellos esta nueva oleada popular progresista indicaba que la derecha estaba derrotada y sin alternativas. Pero ese espejismo no duraría mucho. En breve comenzaron a emerger en estos países signos de reconstitución política de las derechas, reconstitución articulada -no pocas veces-, con el surgimiento de nuevas derechas o liderazgos de ultraderecha con discursos histriónicos y ultraneoliberales que, apoyados en campañas de odio y exclusión, proponen -entre muchos objetivos- la supresión del estado de bienestar, la eliminación de los derechos más elementales de la ciudadanía (trabajo, alimentación,

salud, educación) y, en general, la entrega de las riquezas nacionales al capital privado transnacional.

Y así, por duro que pueda resultar el tiempo presente, inesperado o incomprensible para algunos, no es sorprendente, más bien lo contrario: es una suerte de colofón de un escenario sociopolítico de entramado complejo (pero sencillo de analizar), que venía anunciando su génesis y configuración hace varios años, evidenciando por momentos ribetes de construcción de una hegemonía múltiple, bordada -con desconciertos-, por disímiles actores sociales, económicos, políticos, mediáticos. Disímiles significa, en este caso, la concurrencia de sectores de derecha, centro e izquierdas.

4.2. La emergencia del populismo de (ultra)derecha en el continente

Los gobiernos populares progresistas de esta oleada emergieron con debilidades políticas (económicas, sociales, epistemológicas, culturales...) dada la poco despreciable elección de los sectores conservadores o de derecha que -aunque derrotados en las elecciones generales-, lograron buena representación parlamentaria, en gobernaciones, municipios, etcétera. Estos sentaron así las bases para una oposición agresiva, centrada en la deslegitimación extrema de todo lo que hicieran -o pareciera que hicieran (*fake news*)- los gobernantes de los gobiernos populares progresistas recientemente constituidos. El entrelazamiento del accionar mediático con las redes sociales, marcó sin dudas la conformación de un modo de hacer y gestionar la política y los actores de esta, lo cual -en cierta medida- sorprendió y descolocó a los partidos confiados en el viejo “saber hacer” y “saber establecer” la organización, el pensamiento y la acción políticas.

En este sentido pueden señalarse varios factores cuya presencia resultó clave para el posicionamiento o reposicionamiento cultural, ideológico y político de *opciones populistas reaccionarias*, ultraindividualistas y

antisociales en el sentido literal del concepto. Entre ellos pueden destacarse aquí los siguientes:

- Partidos políticos tradicionales pre-ocupados por el bienestar de sus miembros y seguidores en detrimento o descuido del bienestar colectivo.
- Incapacidad persistente del partido o de la fuerza política gobernante para atender y resolver los problemas urgentes de sobrevivencia de amplios sectores de la población: trabajo, alimentación, vivienda, educación, salud, seguridad... Cada uno de estos rubros, a su vez, puede abrirse y desvelar diversas dimensiones en su interior. Estos problemas no son inherentes solo a marginados o desocupados y jubilados, atraviesan transversalmente a las capas de la población tanto en los sectores más golpeados como a la clase media-media.
- Utilización de conceptos eufemísticos tales como: “los que menos tienen” y “los que más tienen”, buscando disfrazar políticas públicas cuya tibieza no solo no resolvió ningún problema de los que supuestamente se ocuparían, sino que generó una confusión tal respecto a las responsabilidades de la crisis postpandemia, que se tradujo en caldo de cultivo para el odio y enfrentamientos entre la ciudadanía, entre sectores de una misma franja social que ni gobernantes ni partidos políticos pudieron atender. A su vez, esto contribuyó a invisibilizar a los responsables históricos del empobrecimiento del pueblo, contribuyendo -de hecho- a su emergencia como supuestos “salvadores” de las crisis.
- Habilitación -directa o indirecta-, de los grandes medios de comunicación masiva en su diversa gama de opciones políticas, para tergiversar y manipular sucesos reales con la finalidad de alimentar y afianzar ideas nefastas alrededor de los ideales democráticos, del Estado de derecho, del bienestar individual y colectivo, de la estabilidad socioeconómica y financiera, de la seguridad, de los derechos humanos...

- Negación de la ciudadanía -y sus derechos-, como valor identitario colectivo y potencia social de futuro.
- Fomentar la frustración y la desesperanza que, traducidas en resentimiento, alimentaron el odio de “los que menos tienen” hacia “los que más tienen”, rencor insuflado conscientemente desde los sectores más recalcitrantes del poder real. Esto posibilitó a sus voceros *identificar derechos con privilegios*, legitimando sus propuestas de poner fin al Estado de derecho para así -supuestamente-, terminar con los “privilegios” y abrir paso al bienestar individual. Se trata de una fomentación del voto a una propuesta catártica colectiva que propone encontrar en la destrucción, la salvación.
- Lo apocalíptico como redención. Es bíblico, sí. Y esto habla del impacto de algunas iglesias, religiones o sectas, en vastos territorios poblacionales y entre sus referentes más connotados. Si se atiende a sus programas televisivos, podrían sorprenderse tal vez al encontrar claras similitudes entre los predicadores y los nuevos liderazgos individuales, agresivos, catárticos que invocan la llegada inminente del “salvador”. Esto, evidentemente, no empequeñece a los creyentes de tales iglesias quienes acuden allí en búsqueda de un bálsamo para su desesperación, necesitados de recuperar la esperanza en el futuro, esperanza que no encuentran en las propuestas políticas de derecha, ni de centro y menos en la izquierda.

4.3. ¿Hay responsabilidad de las izquierdas (marxistas, progresistas, populistas) en la conformación de la actual coyuntura continental y global?

Del accionar de las izquierdas, en el gran abanico de su diversidad ideológico-política, pueden destacarse también determinados factores co-influyentes en la conformación de la presente subjetividad sociopolítica de la ciudadanía.

Una izquierda golpeada ideológicamente, adormecida políticamente, replegada en su quehacer político social y subordinada a partidos

tradicionales, cambiando apoyo a gobernantes por cargos públicos, resultó inerte frente al sostenido y corruptivo clientelismo impulsado por el poder, etc. Así fue retirándose de la vida social (y política, por ende), dejando espacios vacíos, tal vez, con la vana ilusión de que el pueblo esperaría a que ellos superen su crisis existencial para entonces ver qué hacer.

Pero las dinámicas sociales reales no esperan ni reservan lugares. Recordando a John William Cooke vale reiterar que “En el terreno ideológico no existen espacios vacíos, lo que no es ocupado por la ideología revolucionaria, es ocupado por la ideología reaccionaria.” Teniendo en cuenta esto como principio elemental de reflexión, me detendré en dos aspectos. Por un lado, están los espacios abandonados -o que nunca fueron ocupados-, “sitios baldíos” que nunca fueron tomados en cuenta por la ideología política de izquierda, progresista o popular, fueron habitados por ideas de las derechas. Por otro, más allá de lo ideológico -aunque sin dejar de serlo-, resulta importante tener en cuenta *la ausencia del Estado*, sus políticas públicas, su presencia social y su incapacidad para hacer efectivos los principios democráticos fundamentales. Y no me refiero a nada muy avanzado, sino a los mismos principios de la democracia liberal que no se cumplieron -o no existieron- para todos, situación que, al sostenerse en el tiempo, fue fragmentando la sociedad, minando conceptos como ciudadanía, nación, pueblo... Como señala O’Donnell, “Aquí se entra en el tema de las condiciones sociales necesarias para ejercer la ciudadanía; ¿cómo se puede capacitar a los más débiles y a los más pobres, aun si siguen siendo pobres, en términos consistentes con la legalidad democrática y, de esta manera, obtener su ciudadanía plena, democrática y liberal?” Y más adelante: “La larga agonía del modelo de acumulación de capital centrado en el Estado y basado en la sustitución de las importaciones nos ha legado un dinosaurio que es incapaz incluso de alimentarse a sí mismo, mientras las «soluciones» actualmente en marcha conducen hacia un ente anémico que puede ser igualmente incapaz de sustentar la democracia, niveles decentes de igualdad social y el crecimiento económico.” (O’Donnell, 1993)

La circularidad sostenida del no logro de los objetivos discursivos y la continua postergación de estos ha ido debilitando y desacreditando al Estado, al gobierno y a sus gobernantes y a la necesidad de la democracia misma; socava la legitimidad de sus cimientos. Entonces, “Cuando se vuelve patente que muchos están violando las leyes, y que por lo general nadie paga por eso, la lección aprendida socava todavía más la previsibilidad de las relaciones sociales; la proliferación del oportunismo y la anarquía hacen que aumente todo tipo de costos de transacción y la urdimbre de la sociedad, lograda por el Estado como ley, se debilita con cada curva de la espiral.” (O’Donnell, 1993)

Es así como, por áspero que pueda resultar reconocerlo, el presente que ahora se asoma en el horizonte ha venido construyéndose hace décadas. Las derechas han hecho su parte, obviamente buscando su provecho. La pregunta es, ¿qué hicieron las fuerzas progresistas, populistas?, ¿qué hicieron los gobernantes de turno?, ¿qué hicieron las izquierdas? Sin pretender hacer un listado de los “errores o debilidades” que pudieran identificarse, en convergencia con los alcances de estas reflexiones vale subrayar algunos:

- El peso de *la cultura* (concepción y práctica) vanguardista, soberbia, se mantuvo pese al cambio de tiempo histórico, y condujo a un *distanciamiento* creciente entre los partidos de izquierda y el pueblo (los trabajadores, sectores populares, desocupados, mujeres, niñez, ecologismo, etc.), que tiene ya más de medio siglo; no es nuevo lo que ocurre.
- *Sordera social*. Falta de comunicación que, en realidad, es desinterés por las realidades de los diversos sectores, negativa a escuchar al pueblo, a preguntar, para atreverse a pensar juntos y buscar soluciones y alternativas.
- Predominio del *espíritu de secta*: hablar para los propios (convencidos) y escuchar solamente “críticas positivas” que reafirmen las plataformas partidarias, sectarias, excluyendo lo

diferente sin darse el espacio para dudar, investigar, dialogar y transformar/cambiar todo lo que haya que transformar/cambiar.

- *Incapacidad para reconocer y abrir las compuertas a la participación* de los sectores populares, para construir, entre todos, protagonismo colectivo.
- Abandono o *relegamiento de la formación política sistemática*, no solo de los integrantes de las organizaciones, sino del llamado “campo popular” (diversidad de sectores y actores sociopolíticos).
- Reafirmación de una *élite ilustrada* autoconvencida de la superioridad de sus conocimientos frente a los saberes populares.
 - *Menosprecio al pueblo* y sus saberes, sabidurías, convicciones, cosmovisiones...
 - Desconocimiento y rechazo de la *educación popular*, concepción clave acerca del poder, los sujetos y sus saberes, indispensable para una práctica política con protagonismo popular, capaz de abrir las compuertas organizacionales para la construcción -interarticulada-, de un sujeto popular colectivo (plural), promoviendo la interarticulación de sectores, actores, saberes, problemáticas... que podría germinar la creación colectiva de un horizonte hacia un mundo nuevo.
- Sostener una *concepción del poder superestructural*, institucionalizada que relega las raíces materiales del mismo y los actores fundamentales que lo producen y reproducen en sus múltiples dimensiones sociales permanentemente.
 - El rechazo sistemático a *construir poder desde abajo*, es decir, transformar las relaciones de poder desde la raíz, lo cual implica, de hecho, que los actores de tales relaciones de poder sean protagonistas de tales cambios (en un sentido o en otro).
 - *Lucha de clases* solía llamarse a esta interrelación de poderes, pero indudablemente hoy no hay claridad respecto de quiénes

integran esas clases en cada país y, por tanto, tampoco del alcance y la cualidad de tales luchas, aunque -de hecho- es evidente que la clase obrera -hoy ampliada a clase trabajadora-, se ha multiplicado y diversificado en diversas modalidades de existencia, actividades, contrataciones, precariedad, informalidad...

- Aferrarse a *dogmas en desmedro de la realidad* y sus dinámicas sociales, políticas, culturales... (hegelianismo “marxista”).
 - Conservar viejos postulados políticos como signo de firmeza ideológica.
 - No tomar conciencia del nuevo tiempo histórico, sus características, actores, exigencias...
 - Retraso en el desarrollo del pensamiento crítico, persistencia del viejo relato doctrinario.
 - Retraso en el dominio de nuevas habilidades comunicacionales.
- Menospreciar la democracia o amoldarse a ella sin profundizarla, sin atender -o visibilizar- los espacios que ella habilitaba para asumir tareas de alto contenido social largamente postergadas. Manteniendo viejos dogmas como la otrora llamada “vía pacífica”, algunos sectores de izquierda consideraron necesario justificar su participación en elecciones para formar gobierno esgrimiendo viejos argumentos de “postura táctica”, movimiento “coyuntural”, sin tener cabal conciencia que se trata de una nueva época histórica que demanda modificaciones raizales en las concepciones estratégicas y, por tanto, en la concepción y en las prácticas políticas, y no cambios cosméticos. Participar de procesos electorales para disputar gobiernos, no podía ser -como de hecho no fue-, un truco para “tomar el poder” por alguna vía. El desafío era disputar y ganar elecciones para abrir las compuertas del Estado a la participación popular y ampliar la democracia; crear condiciones para que los actores dispersos, conscientes de esta realidad, identificaran

factores que posibilitaran articularse y constituirse en sujeto popular colectivo y plural, empoderado y autónomo, es decir, con capacidad de crear y desarrollar su propio poder, popular, alternativo, diferente y superador de la deshumanización destructiva del capital, en favor de la vida, de la naturaleza y de la humanidad en plenitud (indivisibles).

- *Transformar a los partidos u organizaciones sociales en franquicias* para ganar elecciones, conseguir cargos, obtener beneficios sectoriales, personales, etcétera. Cuando la democracia se asume solo como disputa electoral, amoldándose a los códigos del sistema hegemónico, la tendencia asumida por las izquierdas ha sido priorizar el bienestar de sus miembros y seguidores (ocupar cargos públicos, parlamentarios, legislativos, concejalías...) en detrimento o descuido del bienestar colectivo del pueblo y separado del objetivo estratégico del cambio social.

Este recorrido, aunque conciso, vislumbra la impostergabilidad de reflexiones autocríticas raizales por parte de las izquierdas, el progresismo y las organizaciones populares, orientadas a identificar puntos neurálgicos que es clave desechar, transformar, reemplazar o modificar desde la raíz en sus -hasta ahora vigentes- estrategias políticas. Esto resulta incontestable en tanto las fuerzas de izquierda progresistas, de izquierda, populares se vieron *explosivamente* desplazadas o superadas por acontecimientos políticos insospechados a los cuales no pudieron no solo enfrentar sino, en muchos casos, ni tan siquiera detectar en su génesis e irrupción en la vida social.

Esto conduce expresamente a estas fuerzas, a sus membresías, a desarrollar nuevos pensamientos capaces de buscar y construir nuevos rumbos y acciones en su quehacer social y político, identificando los retos que este nuevo tiempo impone.

Entre ellos, partiendo de la toma de conciencia acerca del tiempo histórico del presente, sus contradicciones y demandas, emerge la importancia

epistémica de recuperar el concepto *totalidad* renovado, enriquecido y actualizado, para alumbrar la construcción de enfoques integrales, sistémicos de las problemáticas económicas, ecológicas, sociales, culturales... aparentemente fragmentadas del mundo actual.

Ello contribuirá a identificar y construir las articulaciones que posibilitaran la reconstrucción de la *totalidad* recuperando el *enfoque holístico* del mundo y también de las alternativas y los sujetos para converger en un nuevo horizonte común de vida en el planeta, abriendo cauces a una civilización re-humanizada en convivencia con la naturaleza.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Casullo, María Esperanza (2019). ¿Por qué funciona el populismo? El discurso que sabe construir explicaciones convincentes de un mundo en crisis. Siglo XXI Editores
- Oviedo, Luis (1996) "La utopía desarmada' de Jorge Castañeda" En: <https://revistaedm.com/edm/12/la-utopia-desarmada-de-jorge-castaneda/>
- Mastrángelo, Mariana; Munck, Rolando y Pozzi, Pablo (2023). *Populismo: una perspectiva latinoamericana*. Buenos Aires, clacso (271-286)
- Rauber, Isabel (2012) *Revoluciones desde abajo*. Buenos Aires, Continente-Peña Lillo.
- O'Donnell, Guillermo (1993) "Estado, Democratización y ciudadanía." En: *Nueva Sociedad* nro. 128 noviembre- diciembre (pp. 62-87)
- (2004) *Construcción del poder desde abajo*. Santo Domingo, CIPROS.
- Welp, Yanina (2023). "Querer no siempre es poder: liderazgos populistas, referendos y reelecciones". *Revista Mexicana de Sociología* 85, núm. especial (agosto, 2023: 39-66).



Boletín del Grupo de Trabajo
Izquierdas y luchas sociales en América Latina

Número 7 · Abril 2024